

# **Rabindranath Tagore**

La luna nueva

El jardinero

Ofrenda lírica

# La luna nueva

(poemas de niños)

Dedicado a T. Sturge Moore

## 1 EL HOGAR

Iba yo lentamente por el camino de los campos, cuando el sol caído guardaba en el ocaso, como un avariento, su último oro. La luz se hundía en la sombra, más hondo cada vez, y la tierra viuda, segadas ya sus mieses, yacía silenciosa.

De pronto sonó por el cielo la aguda voz de un niño que cruzaba invisible la oscuridad, dejando el hilo de su canción suspenso en la hora callada. Su hogar lo estaría esperando al fin del llano seco, tras los cañaverales, al amparo de los plátanos, de las finas arecas, de los cocoteros y los verdinegros panes.

Me detuve un momento en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. La tierra profunda se tendía ante mí, abrazando una infinidad de hogares con cunas y camas, con corazones de madre y lámparas encendidas, con vidas jóvenes, alegres de esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.

## 2 EN LAS PLAYAS

En las playas de todo el mundo se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos los niños se reúnen, gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca y lo botan sonriendo en la vasta profundidad marina. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar ni saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge y el mercader navega en sus navíos los niños escojen piedrecillas y las vuelven a tirar. Ni buscan tesoros ocultos ni saben echar la red.

El mar se encaracola en una carcajada y brilla pálida la playa sonreída. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera una cuna. El mar juega con los niños y luce la pálida sonrisa de la arena.

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. Vaga la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte, y los niños juegan. En las playas de todos los mundos se reúnen en una fiesta grande, todos los niños.

3

### EL MANANTIAL

¿Sabe alguien de dónde viene el sueño que anda revoloteando por los ojos del niño? Sí. Dicen que vive en la aldea de las hadas; que por la sombra de una floresta, vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien en dónde nació la sonrisa que está aleteando por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que en el ensueño de una mañana de otoño, limpia de rocío, el pálido rayo joven de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo nacer la sonrisa que aletea por los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carnecillas del niño? Sí. Cuando su madre era niña, empapaba su corazón de un tiempo y callado misterio de amor, suave y dulce frescura que ha florecido en las carnecillas del niño.

4

### EL NIÑO ES ASÍ

Si el niño quisiera, podría volar ahora mismito al cielo. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto echar la cabeza en el pecho de su madre y mirarla y mirarla sin descanso!

El niño sabe una infinidad de palabras maravillosas, aunque son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice. Pero por algo no quiere hablar. Lo único que quiere es aprender las palabras de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

El niño tenía un montón de oro y perlas y se vino a esta vida como un pobrecito. Pero por algo vino así. ¡Pordioserillo desnudo, que se hace el desvalido para poder pedirle a su madre el tesoro de su afán!

El niño era bien libre en la tierra de la lunita nueva. Pero por algo regaló su libertad. ¡Él sabe la alegría inmensa que cabe en el rinconcito del corazón de su madre, y cuánto más dulce que la libertad es ser cojido y apartado entre sus brazos queridos!

El niño vivía en el mundo de la dicha perfecta y no sabía llorar. Pero por algo eligió las lágrimas. Porque si con su sonrisa se ganaba el corazón ansioso de su madre, sus llantitos por cualquier penita le atan un doble lazo de lástima y de amor.

5

### LA RONDA INVISIBLE

¡Ay!, ¿quién pintó su vestidillo, hijo mío, quién le puso a tu dulce cuerpecito esa batilla granate? Esta mañana, tambaleándote y tropezando, saliste corriendo a jugar al patio. Pero di, ¿quién te pintó tu vestidillo, hijo mío?

Di, ¿qué es lo que te hace a ti reír, capullito de mi vida? Tu madre te complace, parada en el umbral. Te toca las palmas y sus pulseras repiquetean y tú bailas con tu caña de bambú en la mano, pastorcillo mío. Pero ¿qué es lo que te hace a ti reír, capullito de mi vida?

Pedigüeño, ¿qué quieres tú, colgado así con las dos manos al cuello de tu madre? ¿Tú quieres, corazoncito ansioso, que arranque el mundo al cielo, como una fruta, para ponerlo en la palmita rosada de tu mano? ¡Ay pordioserillo!, ¿qué es, di, lo que me pides?

Alegre, el viento se lleva el retintín de las campanitas de las ajorcas de tus tobillos. Sonríe el sol mirándote cómo te vistes. El cielo te vela mientras duermes en los brazos de tu madre, y la mañana viene de puntillas a tu cuna a besarte los ojos. El viento alegre se lleva el retintín de las campanitas de las ajorcas de tus tobillos.

El hada madrina de los sueños viene en el cielo crepuscular volando hacia ti. Todo el sentimiento maternal del mundo está contigo en el corazón de tu madre. Al pie de tu ventana toca su flauta el cantor de las estrellas. Y el hada madrina de los sueños viene en el cielo crepuscular volando hacia ti.

## 6

### LA LADRONA DEL SUEÑO

—A ver, ¿dónde está esa que se llevó el sueño de los ojos del niño? ¡Yo la encontraré!

La madre cojió el cántaro, se lo echó a la cintura y se fue por agua a la otra aldea. Era ya el mediodía. Los niños se habían cansado de jugar y los patos callaban en el charco. El pastorcillo dormía a la sombra de la higuera. Seria, fija, la cigüeña se eternizaba en el estero del bosque de los mangles... Y la ladrona del sueño vino, cojió el sueño de los ojos del niño y se fue volando. Cuando volvió la madre, se encontró al niño gateando por el cuarto.

—¡A ver!, ¿dónde está esa que robó el sueño de los ojos de mi niño? ¡Yo la encontraré!

¿Dónde se mete esa picarona? La cojeré y la ataré. La buscaré en aquella cueva oscura donde el arroyito chorrea entre los pedrotes medrosos. La buscaré entre la sombra dormidera del bosque de baculas, donde las tórtolas se arrullan en su rincón, donde las ajorcas de las hadas repiquetean en la honda paz de las noches estrelladas. Me asomaré anochecido al silencio suspirante de la vega de bambúes, donde derrochan su luz las luciérnagas. Y preguntaré a quienquiera que me encuentre: ¿Sabe alguien dónde se mete la ladrona del sueño?

—¡A ver!, ¿dónde está ese que coje el sueño de los ojos del niño? ¡Yo la encontraré!

¿Dónde, dónde está? ¡Buena leccioncita le daría yo si la encontrara! Levantaría la piedra de su escondite, cojería todo el sueño que tiene allí robado y me llevaría el botín a casa. Y a ella la amarraría bien fuerte por las dos alas, la pondría en la orilla del río, ¡y que se divirtiera allí pescando con caña entre los juncos y lirios!... Y cuando por la noche se cerrara el mercado y los niños estuvieran en la falda de sus madres, irían los pajarracos nocturnos y le graznarían burlonamente en las orejas: «¡Anda, a ver a quién le robas ahora el sueño!»

## 7

### EL PRINCIPIO

—¿De dónde venía yo cuando tú me encontraste? —preguntó el niño a su madre.

Ella, riendo y llorando, le respondió apretándolo contra su pecho: «Tú estabas en mi corazón, como su ansia, amor mío. Estabas con las muñecas de juguete de mi infancia; y cuando cada mañana hacía yo la imagen de mi dios con barro, a ti te hacía y te deshacía. Estabas en el altar con el dios de nuestra casa; al adorarlo a él te adoraba a ti. Estabas en todas mis esperanzas y en todos mis cariños. Tú has vivido en mi vida y en la vida de mi madre. Tú fuiste viniendo, siglo tras siglo, en el seno del espíritu inmortal que rije el hogar nuestro. Cuando yo era una muchacha y mi corazón abría sus hojas, tú flotabas en fragancia a mi alrededor. Tu tierna suavidad floreció antes en mis carnes juveniles, como el color en el oriente antes de salir el sol. Primer amor del cielo, hermano gemelo de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida y al fin te paraste en mi corazón...»

¡Qué embeleso me sobrecoje al mirarte a ti, hijo, que siéndolo todo te has hecho mío; y qué miedo de perderte! ¡Así, bien apretado contra mi pecho! ¡Ay!, ¿qué poder mágico ha enredado el tesoro del mundo a mis débiles brazos?

8

## EL MUNDO DEL NIÑO

¡Si yo pudiera encontrar un rinconcito tranquilo en el mismo corazón del mundo de mi niño! Sé que en él tiene estrellas que le hablan, y un cielo que baja hasta su cara para divertirlo con sus nubes tontas y sus bobos arcoíris. En él todos esos que parecen que nunca dicen nada y que nunca se mueven, se deslizan hasta su ventana y le cuentan cuentos y le ofrecen bateas cargadas de juguetes de ricos colores.

¡Si yo pudiera andar ese camino que cruza el pensamiento de mi niño, salirme de todas sus lindes, ir hasta donde los mensajeros desconocidos traen y llevan mensajes sin razón por reinos de reyes sin historia; hasta donde la razón hace barriletes con sus leyes y los echa al aire; donde quita a las acciones sus cadenas la verdad!

9

## CUANDO Y PORQUE

Cuando te traigo juguetes de colores, hijo mío, comprendo por qué hay ese juego de color en las nubes y en el agua, y por qué están pintadas las flores tan preciosamente... Cuando te traigo juguetes de colores, hijo mío.

Cuando te canto, amor mío, para que tú bailes, adivino por qué tienen música las hojas y por qué las olas ruedan sus coros de voces hasta el corazón maravillado de la tierra... Cuando te canto para que tú bailes, amor mío.

Cuando colmo de dulces tus manos codiciosas, hijo mío, entiendo por qué hay mieles en el cáliz de la flor, y por qué los frutos se cargan secretamente de ricos jugos... Cuando colmo de dulces tus manos codiciosas, hijo mío.

Cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír, sé bien cuál es el placer que chorrea del cielo en la luz de la mañana, y el deleite que traen a mi cuerpo las brisas del verano... Cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír.

10

### MALA FAMA

No llores tú, hijo mío. ¡Qué malos deben de ser esos que siempre te están regañando sin motivo! ¿Te han llamado sucio porque cuando estabas escribiendo te manchaste de tinta los dedos y la cara? ¿Y no les da vergüenza? ¿Se atreverían a llamar sucia a la luna nueva porque se ha tizado la cara con tinta?

Hijo mío, por cualquier cosilla te culpan. Todo lo tuyo les parece mal. ¿Que te rompiste tu ropita jugando? ¿Y por eso te llaman destrozón? ¡Y no les da vergüenza! ¿Pues qué dirían de la mañana de otoño cuando sonrío detrás de las nubes rajadas?

Pero no les hagas tú caso, hijo mío. ¡Qué bien contaditas te tienen tus faltas! Todo el mundo sabe lo goloso que eres. ¿Y por eso te llaman tragón? ¿Y no les da vergüenza? Entonces, ¿cómo nos llamarían a nosotros porque tú nos gustas tanto que te comeríamos a besos?

11

### EL JUEZ

Di de él cuanto quieras, pero yo sé mejor que tú y que nadie las faltas de mi niño.

Yo no lo quiero porque es bueno, sino porque es mi hijo. ¿Y cómo has de saber tú el tesoro que él es, tú que tratas de pesar sus méritos con sus faltas? Cuando yo tengo que castigarlo, es más mío que nunca. Cuando lo hago llorar, mi corazón llora con él.

Sólo yo tengo el derecho de acusarlo y penarlo, porque solamente el que ama puede castigar.

12

### JUGUETES

¡Qué feliz eres, chiquillo, tirado ahí en el polvo, jugando hora tras hora con ese palito! No puedo menos de reírme viéndote jugar y jugar toda la mañana con ese pedacillo de palo. Yo sumo y sumo, hora tras hora también, preocupado con mis cuentas. Y quizá tú, mirándome, piensas: «¡Vaya un juego tonto! ¡Qué ganas de perder la mañana!»

¡Ay chiquillo! ¡Yo he olvidado ya el arte de distraerme con palitos y con tortas de barro! ¡No quiero más que juguetes caros, reunir pedazos de oro y plata! Tú, con cualquier cosilla que te encuentras juegas contento. Yo malgasto tiempo y fuerzas en cosas que nunca podré tener. Pretendo atravesar el mar de la ambición con mi frágil barquilla, ¡y me olvido de que yo también estoy jugando!

13

### EL ASTRÓNOMO

Yo sólo dije: «Cuando al oscurecer la luna llena redonda se enreda en las ramas del cadabo, ¿no podríamos cojerla?»

Pero Dada, como es mayor, se rió de mí y me dijo: «Eres la criatura más tonta que he conocido. La luna está lejísimos de nosotros. ¿Quién la va a cojer?»

Yo le dije: «¡Dada, tú sí que eres tonto! Cuando madre se asoma a la ventana y nos mira sonriendo jugar, ¿te parece a ti que está tan lejos?»

Dada me dijo otra vez: «¡Qué niño tan simple eres tú! Pero, vamos a ver, ¿dónde ibas a encontrar una red tan grande que cupiera en ella la luna?»

Yo le dije: «Estoy seguro de que podrías cojerla con las manos.»

Pero Dada se echó a reír, y me dijo: «¡En mi vida he visto una criatura más tonta que tú! ¡Si la luna se acercara más ya tú verías lo grande que es!»

«Dada, ¡qué disparates enseñan en tu escuela! —le dije yo—. Cuando madre se inclina para besarnos, ¿te parece a ti tan grande su cara?»

Pero Dada me sigue diciendo: «¡Tú eres tonto, tú eres tonto!»

14

## NUBES Y OLAS

Madre, los que viven allá arriba en las nubes, me gritan: «¡Oye, jugamos desde que empieza hasta que acaba el día; jugamos con la aurora de oro y con la luna de plata!» Yo les pregunto: «Pero ¿cómo voy a subir hasta donde estáis vosotros, tan alto?» Y me contestan: «¡Vente hasta el borde de la tierra, alza las manos al cielo y te levantaremos con las nubes!» «¡Mi madre me está aguardando en casa! —digo yo—, ¿cómo podré dejarla y subir?» Y ellos se sonríen y pasan flotando...

Pero yo sé un juego más bonito que ése, madre. Mira: yo seré la nube y tú serás la luna. Te taparé con mis dos manos y el techo será nuestro cielo azul.

Los que viven en las olas me gritan: «¡Cantamos desde el amanecer hasta la noche; vamos más y más allá siempre y no sabemos dónde vamos!» Yo les pregunto: «Pero ¿cómo podré irme tan lejos con vosotros?» Me responden: «¡Vente a la orilla del mar, aprieta bien los ojos, espera, y te arrastraremos con las olas!» Yo les digo: «Mi madre no quiere nunca que salga anochecido. ¿Cómo podré dejarla y huir?» Y ellos se sonríen y pasan bailando...

Pero yo sé un juego mejor que ése, madre. Yo seré la ola y tú serás la playa desconocida. Me echaré a rodar y a rodar, y romperé riéndome en tu pecho. ¡Y nadie sabrá en el mundo dónde estamos tú y yo!

15

## LA FLOR DE LA CHAMPACA

Oye, madre, si sólo por jugar, ¿eh?, me convirtiera yo en una flor de champaca, y me abiera en la ramita más alta de ese árbol, y me meciera muerto de risa en el viento, y bailara sobre las hojas nuevas, ¿sabrías tú que era yo, madre? Tú me llamarías: «Niño, ¿dónde estás?» Y yo me reiría para dentro y me estaría muy quietecito. Abriría muy despacio mis hojas y te vería trabajar.

Cuando después de bañarte tú pasaras con el pelo mojado abierto sobre tus hombros, por la sombra de la champaca al patinillo donde rezas, sentirías el perfume de la flor, madre, pero no sabrías que salía de mí. Cuando después de la comida estuvieras sentada en la ventana leyendo el *Ramayana*, y la sombra de mi árbol te cayera en el pelo y en la falda, yo echaría mi sombra chiquitita en la hoja de tu libro, en el mismísimo sitio en que estuvieras leyendo. Pero ¿adivinarías tú que era la sombrita de tu hijo? Cuando al

anochecer te fueras al establo con la lámpara encendida, yo caería de pronto otra vez al suelo y sería otra vez tu niño, y te pediría que me contaras un cuento.

«¿Dónde has estado tú, picarón?» «No te lo cuento, madre», nos diríamos.

16

## EL PAÍS DE LAS HADAS

Si alguno llegara a saber dónde está el palacio de mi rey, el palacio desaparecería en el aire. Sus muros son de plata blanca y su techo de oro vivo. Mi reina vive en un alcázar que tiene siete patios y lleva una joya que costó todo lo que valían los siete reinos. Pero déjame tú decirte bajito, madre, dónde está el palacio de mi rey. Mira: está en aquel rincón de la azotea donde está la maceta de la albahaca.

La princesa duerme encantada en la última playa de los siete mares que nadie pudo pasar. Nadie en el mundo puede encontrarla más que yo. Oye: tiene los brazos llenos de brazaletes y gotas de perlas en las orejas. Su cabello le llega al suelo. Se despertará cuando yo la toque con mi varita de virtud; y cuando se sonría se le caerán las joyas de sus labios. Pero déjame decírtelo bajito, madre: la princesa está en aquel rincón de la azotea donde está la maceta de la albahaca.

Cuando sea la hora de irte a bañar al río, sube a la azotea, madre. Yo estaré sentado, mira, allí, en aquel sitio en que las sombras de las dos paredes se juntan. Sólo a la gata le consiento estar conmigo, porque la gata sabe dónde vive el barbero del cuento. Pero déjame tú decirte bajito, madre, dónde vive el barbero del cuento: vive en aquel rincón de la azotea donde está la maceta de la albahaca.

17

## LA PATRIA DEL PROSCRITO

Madre, ¡mira qué oscuro se ha vuelto el cielo! ¿Qué hora será? Estoy ya aburrido de jugar y me vengo contigo. ¿No sabes que es sábado y que no tengo escuela? ¡Deja ya de trabajar, madre!; ven, anda, siéntate aquí conmigo en la ventana y cuéntame un cuento. Di, madre, ¿dónde era, que yo no me acuerdo, donde estaba el desierto de Tepantar?

La lluvia ha puesto sombría la tarde de Norte a Sur. ¡Cómo araña el cielo con sus uñas el rabioso relámpago! Cuando retumban las nubes, ¡me gusta tanto sentir encojido mi corazón, madre, y apretarme contra ti! Y cuando la lluvia cansada repiquetea horas y horas en las hojas del bambú y el viento bufeante traquetea las ventanas, ¡cómo me gusta sentarme solo contigo en tu cuarto, madre, y oírte contar el cuento del desierto de Tepantar!

Di, madre, ¿dónde está? ¿En qué playa de cuál mar, debajo de qué montaña, en el reino de qué rey está el desierto de Tepantar? Estoy seguro que no habrá en él, como aquí, esas cercas que cierran los campos, ni esas veredas por donde el labrador vuelve al oscurecer al pueblo y la leñadora que vive en el bosque trae su carga al mercado. Cuadros de hierba amarilla en la arena y un árbol solitario donde tienen su nido los dos viejos pájaros sabios es lo que habrá en el desierto de Tepantar.

Yo, madre, me imagino divinamente que, en un día nublado igualito que éste, el joven príncipe galopa solo por el desierto en su caballo de plata gris, buscando a la princesa que tiene encerrada el gigante en su castillo, más allá del mar que nadie ha visto. Dime,

madre: cuando la lluvia tapa con su telón el último cielo, y el relámpago salta como una punzada aguda, ¿se acordará el príncipe de su pobrecita madre abandonada por el rey, que estará barriendo la cuadra y secándose los ojos, mientras su hijo cabalga por el desierto de Tepantar?

Madre, mira, todavía es un poquito de día, pero ya es de noche. Nadie vuelve por el camino de la aldea. El pastorcillo dejó ya las praderas y estará ahora en su casa. Y los hombres del campo han dejado de trabajar y se han sentado en su estera bajo el alero de sus chozas, mirando las nubes feas. No me digas que ahora estudie, madre; deja los libros en paz sobre la mesa. Cuando sea mayor como mi padre, ya aprenderé todo lo que haya que aprender. ¡Pero hoy, sólo hoy, madre, cuéntame tú, que ya no me acuerdo, dónde está el desierto de Tepantar!

18

### EL DÍA DE AGUA

Las nubes taciturnas se amontonan aprisa sobre el negro horizonte del bosque. (¡No salgas, niño!) Las palmeras que bordean en fila el lago están cabeceando contra el cielo triston. En las ramas del tamarindo los grajos callan con las alas sucias. Una sombra más profunda cada vez ronda la orilla levante del río.

(¡Oye la vaca atada en la cerca cómo muje rabiosa! ¡Hijo, espera aquí, que voy a llevarla al establo!) Los hombres entran atrepellándose en los campos anegados a cojer los peces de los salidos estanques. El agua corre en arroyitos por las veredas como un niño rión que se ha escapado jugando de su madre.

(¡Calla; alguien llama en el vado al barquero! ¡Y la luz del día se va, hijo y está cerrada la barca!) Parece que el cielo cabalga sobre la lluvia loca que se viene encima galopando. El río, impaciente, se alborota. Las mujeres vuelven de prisa del Ganjes, con sus cántaros.

(¡Voy a preparar las luces, que hoy anochece temprano! ¡No salgas, hijo!) Por el camino del mercado no pasa un alma. El callejón que baja al río está resbaloso. El viento ruje y lucha en las ramas del bambú como una fiera cojida en una red.

19

### BARCOS DE PAPEL

Todos los días echo mis barquitos de papel, uno tras otro, corriente abajo. Llevan pintado con grandes letras negras mi nombre y el nombre de mi pueblo. Si en la playa desconocida a donde lleguen alguien los encuentra sabrá quién soy yo... Mis barquitos van cargados con flores de siuli del jardín de mi casa; y estoy seguro que estos capullos cojidos al alba llegarán con bien a tierra por la noche.

Echo mis barquitos de papel en la corriente, y cuando levanto los ojos al cielo, veo las nubes que vagan, llenas de viento sus velas blancas... Yo no sé qué amigo mío del cielo las echa aire abajo para que corran con mis barcos... Anocheciendo, escondo mi cara entre mis manos y sueño que mis barcos de papel bogan y bogan más lejos cada vez bajo las estrellas de la medianoche. Las hadas del sueño los rijen, cargados con sus cestos de ensueños.

20

## EL MARINERO

¡Qué de tiempo hace que el bote de Madu, el botero, está atracado al muelle de Rangun con su carga de yute sin servir! Si Madu me lo prestara, yo lo tripularía con cien remos e izaría en él cinco o siete velas. ¡Y no iba a navegar con rumbo a esos mercados tantos, sino que surcaría los siete mares y los trece ríos del país de las hadas!

Madre, pero tú no llorarás por mí en ese rincón, ¿verdad? ¡No seré yo como Ramachandra, que se fue al bosque y tardó catorce años en volver! ¡Yo seré el príncipe del cuento, y cargaré mi barco con lo que se me antoje, y llevaré conmigo a mi amigo Asu! ¡Y surcaremos cantando los siete mares y los trece ríos del país de las hadas!

Nos haremos a la mar tempranito, con el alba. A mediodía, cuando tú te estés bañando en el estanque, nosotros estaremos ya en la tierra del Rey desconocido. Pasaremos luego el estrecho de Tirpurni y dejaremos atrás el desierto de Tepantar. Cuando volvamos a casa ya estará oscureciendo. ¡Y te contaré todo lo que hayamos visto! ¡Y cruzaré los siete mares y los trece ríos del país de las hadas!

21

## LA OTRA ORILLA

¡Qué ganas tengo de ir a la otra orilla del río; adonde están atadas en fila aquellas barcas en las estacas de bambú; adonde todas las mañanas van en la balsa los hombres con su arado al hombro para trabajar en los campos lejanos; adonde los pastores de ganados pasan nadando con sus rebaños mujientes para pacer en la ribera; por donde todos vuelven al anochecer a sus hogares cuando los chacales aúllan entre el yerbazal silvestre de la isla abandonada!

Madre, si a ti no te importa, yo, cuando sea mayor, quisiera ser barquero de esa golondrina.

Dicen que detrás de esa ribera alta hay unas raras lagunas donde, cuando se acaban las lluvias, van los bandos de patos silvestres; donde los pájaros del agua ponen sus huevos por el espeso juncal de las orillas; donde las alzacolas dejan la huella de sus patitas en el barro limpio y suave; donde al anochecer las altas yerbas cresteadas de blancas flores invitan al rayo de la luna a errar sobre las ondas...

Madre, si a ti no te importa, yo, cuando sea mayor, quisiera ser barquero de esa golondrina.

Pasaré entonces mil veces de una orilla a otra, y los chiquillos y las chiquillas de la aldea, que se estarán bañando allí, me mirarán maravillados. Cuando el sol esté en lo más alto del cielo y la mañana llegue al mediodía, vendré corriendo un momento y te diré: «¡Madre, dame algo de comer!» Por la tarde, apagado ya el poniente, cuando las sombras se acurrucan bajo los árboles, volveré yo en la oscuridad. Nunca me separaré de ti para ir a trabajar a la ciudad como mi padre.

Madre, si a ti no te importa, yo, cuando sea mayor, quisiera ser barquero de esa golondrina.

## LA ESCUELA DE LAS FLORES

Cuando caen los chubascos de junio, y los nubarrones negros braman por el cielo, y el viento levante viene mojado por el desierto a tocar la flauta en los bambúes, las flores salen en súbita algazara, sin que nadie sepa de dónde, y se ponen a bailar sobre la yerba locas de alegría.

—Madre, yo digo que las flores irán a una escuela que habrá bajo tierra, ¿no? Allí, con la puerta cerrada, estudiarán sus lecciones. Y si quieren salir a jugar antes de la hora, su maestra las pondrá de rodillas en un rincón. Pero cuando vienen las lluvias, ¡qué día de fiesta para ellas!

Las ramas chasquean ya ruidosamente en la arboleda, y las hojas murmuran en el viento loco, y las nubes de tronada palmotean con sus manos gigantes... Y las flores niñas salen fuera corriendo, vestidas de rosa y amarillo y blanco...

—Oye, madre, las flores tendrán su casa en el cielo, con las estrellas, ¿verdad? ¡Mira tú, si no, qué ganas tienen de subir! ¿Ya que no sabes tú por qué corren tanto? ¡Yo sí lo sé! Y sé también a quién echan sus brazos. Las flores tienen su madre como yo te tengo a ti.

## EL MERCADER

Figúrate tú, madre, que yo me iba a viajar por países desconocidos y tú tenías que quedarte en casa. Imagínate tú que mi barco, cargado hasta arriba, me aguarda ya en el muelle. Ahora piénsalo tú bien, madre: ¿Qué quieres que te traiga cuando vuelva?

Madre, di qué quieres. ¿Montones y montones de oro? Pues allí donde yo voy, unos ríos dorados van y vienen entre campos que están repletos de trigales de oro. Y en el camino sombrío del bosque las amarillas flores de champaca cubren toda la tierra. En mis cien cestos lo recojeré todo para ti.

¿Quieres, madre, perlas tan grandes como las gotas de la lluvia de otoño? Pues yo tengo que llegarme a la costa de la isla de las perlas. Allí, en la luz primera del alba, tiemblan las perlas en las flores del prado, caen peras sobre la yerba y más perlas, y las olas locas riegan perlas por la arena, con la espuma de la mar.

A mi hermano le traeré un par de caballos con alas para que vuele por las nubes. A mi padre le traeré una pluma mágica que escriba sola sin que él lo sepa. Pero para ti, madre, conquistaré el tesoro y el arca que costaron los reinos de los siete reyes.

## MIMOS

Si en vez de ser tu niño, madre mía, fuese yo sólo un perrillo, ¿me dirías tú «que no» si quisiera comer en tu plato? Di, ¿me echarías tú de tu lado diciéndome: «¡Vete de una vez, perrillo del demonio!»? ¿Sí? ¡Pues vete tú, madre, vete! ¡Ya no vendré más cuando me llames ni te dejaré que me des de comer!

Si fuera yo sólo un lorito verde en vez de ser tu niño, madre mía, di, ¿me tendrías

atado para que no fuese volando? ¿Me reñirías con el dedo tieso, diciéndome: «¡Qué maldito pájaro desagradecido! ¡Todo el día y toda la noche picando su cadenal!»? ¿Sí? Pues vete tú, madre, vete tú. ¡Yo me escapare volando al campo y no te dejaré ya más tenerme entre tus brazos!

25

## VOCACIÓN

Todas las mañanas, cuando el gongo da las diez y yo voy camino de la escuela, me encuentro en la calleja con ese vendedor que grita: «¡Pulseras, pulseras de plata y de cristal!» Nunca tiene prisa, ni va más que por donde quiere, ni lo obligan a llegar a sitio alguno, ni a volver a casa a su hora...

¡Quién fuera vendedor, para pasarme el día por la calleja gritando: «¡Pulseras, pulseras de plata y de cristal!»!

A las cuatro, cuando vuelvo de la escuela, miro todas las tardes por el portón de aquella casa que está allí y veo al jardinero cavando la tierra del jardín. Hace lo que le da la gana con su azadón, se mancha la ropa de polvo cuanto quiere y nadie viene a decirle que si el sol lo está poniendo negro, que si se está calando de agua...

¡Quién fuera jardinero, para cavar y cavar toda la tarde en el jardín sin que nadie me quitara!

Cuando madre, en el mismo momento en que oscurece, me manda a la cama, veo por la ventana al sereno, que se pasea vijilando arriba y abajo. La calle está oscura y solitaria y la farola está en pie como un gigante con un solo ojo colorado en la frente. El sereno viene y va meciendo su farol con su sombra al lado, y en su vida se tiene que acostar.

¡Quién fuera sereno, para pasarme la noche entera calle abajo, calle arriba, persiguiendo las sombras con mi farol!

26

## SUPERIORIDAD

Madre, tu niña es una tonta. ¡Qué simple es la pobre! ¡No sabe distinguir las luces de la calle de las estrellas!

Si jugamos a comer chinitas, se cree que son comida de verdad y quiere tragárselas. Si le pongo mi libro delante y le digo que tiene que aprender el a b c, raja las hojas y luego berrea de alegría como si hubiera hecho una gran cosa. Le regaño entonces sacudiendo la cabeza y le digo que es muy mala... Y vuelve a reír, y se cree que estamos jugando a un juego muy divertido.

Todo el mundo sabe que papá no está aquí. Pero si yo, por jugar, grito: «¡Papá!», mira como una loca alrededor y se cree que papá está a su lado. Cuando le estoy yo dando clase a los borricos de la lavandera que viene por la ropa y le digo a tu niña que yo soy el maestro, se pone a gritar sin más y me llama «¡Dada, Dada!».

Luego, tu niña quiere cojer la luna. A Ganes le dice Ganus y se figura que es una gracia muy grande. ¡Qué simple es la pobre! Madre, tu niña es una tonta.

Yo soy pequeño porque soy un niño. Pero cuando yo tenga la edad de mi padre, seré grande. Entonces mi maestro vendrá y me dirá: «¡Qué es tarde! ¡Ve por la pizarra y los libros!» Yo le contestaré: «¿No estás viendo que ya soy mayor, como papá? ¡Yo no tengo ya que dar más lecciones!» Y mi maestro se quedará maravillado, y dirá: «Pues es verdad. Puede si quiere dejar los libros, que para eso es va un hombre.»

Me vestiré y me iré de paseo a la feria, que estará toda llena de jente. Mi tío vendrá conmigo, y me dirá: «¡Que vas a perderte, hijo mío! Déjame que te lleve en brazos.» Yo le contestaré: «Pero, tío, ¿no ves tú que ya soy grande, como papá? Tengo que venir solo a la feria.» Y mi tío dirá: «Pues es verdad. Puede ir dondequiera, que para eso es ya un hombre.»

Cuando mi madre vuelva del baño, como yo sabré ya abrir la caja con mi llave, me encontrará dándole dinero al ama. Y me dirá: «¿Qué es lo que estás haciendo, loco?» Yo le contestaré: «Pero, madre, ¿no lo sabías tú? Yo soy ya mayor, como papá, y tengo que pagarle a mi ama.» Y mi madre dirá para sí: «Que le dé dinero a quien quiera, que para eso es ya un hombre.»

Para las vacaciones de octubre mi padre volverá a casa, y creyéndose que todavía soy un niño, me traerá de la capital zapatitos nuevos y vestiditos de seda. Y yo le diré: «Dáselos a Dada, padre, que yo soy ya grande como tú.» Y papá considerará y dirá: «Es verdad. Tiene razón. Él puede comprarse su ropa a su gusto, que para eso es ya un hombre.»

¡Yo no quiero estudiar más, madre! ¡Toda la mañana con este libro!

Tú dices que no son más que las doce. Bueno, pues aunque no sea más, vamos a ver: ¿no puedes tú figurarte que al mediodía es ya por la tarde?

A mí me parece facilísimo imaginar que el sol está ya al fin de aquel arrozal y que la pescadora vieja anda rebuscando yerbajos junto a la charca, para su cena.

Mira, yo cierro los ojos y me figuro que la sombra del madar es cada vez más oscura, y que el agua de la charca se ha vuelto negra y reluciente.

Si las doce pueden ser por la noche, ¿por qué no ha de poder ser de noche a las doce?

Tú dices que papá escribe muchos libros, pero yo no entiendo una palabra de lo que él escribe. Toda la noche estuve leyendo cosas. Di, ¿y tú entendías lo que él quería decir? ¡Tú sí que sabes contarnos cuentos bonitos, madre! ¿Por qué no los escribirá papá así? ¿Es que su madre no le contó nunca historias de gigantes, de hadas y de princesas? ¿O es que se le han olvidado ya todas?

Muchos días tienes que llamarlo cien veces para ir al baño. Y lo esperas para comer, y vuelves a calentarle la comida, y él escribe que te escribe, olvidado de todo. ¡Siempre jugando a escribir libros! Pero si yo voy una vez a jugar a su cuarto, tú vienes corriendo por mí y me gritas: «¡Qué travieso eres, hijo!» En cuanto yo hago un poquito de ruido, ya me estás diciendo tú: «¿No ves que papá está trabajando?» ¡Ay!, ¿qué gusto le sacará a estar siempre escribiendo, escribiendo?

Y cuando yo cojo el lápiz o la pluma de papá y me pongo a escribir como él *a b c d e f g h i*, en uno de sus libros, ¿por qué te enfadas así conmigo, madre? ¡A él no le riñes nunca porque escriba! Parece que no te importa que él estropee tanto papel. Pero si yo cojo una sola hoja para hacer un barco, ya estás tú riñéndome: «¡Hijo, qué mareón eres!» Y a papá, que echa a perder tantas hojas haciéndoles letras negras por los dos lados, no le dices nada.

30

### EL CARTERO MALO

Madre, di, ¿por qué estás tan callada y tan triste, sentada ahí en el suelo? ¿No ves que la lluvia entra por la ventana y que te estás mojando?

Oye, el gongo está dando las cuatro y mi hermano tiene ya que volver del colejo. ¿Qué te pasa, di, madre; por qué estás tan rara? ¿Es que no has tenido hay carta de papá?

A todo el pueblo le trajo hoy carta el cartero, yo lo he visto. Sólo las cartas de papá se las guarda en un saco para leérselas él. ¡Madre, estoy seguro de que el cartero es muy malo!

... Pero no estés tú triste por eso, madre. Mira, mañana es la feria del pueblo de ahí junto. Que vaya la criada y compre plumas y papel. Yo mismo te voy a escribir todas las cartas de papá. Y ya verás cómo no encuentras ni una falta.

Te escribiré derechito desde la A hasta la K... ¿Por qué te estás riendo, madre? ¿Tú te crees que yo no sé escribir tan bien como papá? Ya verás, yo rayaré el papel con una regla, y pondré mucho cuidado, y haré bien grandes las letras.

Y cuando concluya, ¿piensas que voy a ser tan tonto como papá, que echa la carta en el saco de ese cartero feo? ¡Te la traeré yo mismo al momento y te ayudaré a deletrearla! ¡Ya sé yo que al cartero no le gusta darte las cartas más buenas!

31

### EL HÉROE

Figúrate tú, madre, que andamos de viaje y que estamos atravesando un peligroso país desconocido. Tú vas sentada en tu palanquín y yo troto al lado tuyo en un caballo colorado. El sol se pone, va anocheciendo. Ante nosotros se tiende solitario y gris el desierto de Yoradigui. Todo alrededor es desolado y seco. Tú piensas, asustada: «Hijo, no sé adónde hemos venido a parar.» Y yo te digo: «No tengas tú miedo, madre.»

El sendero es estrecho y retorcido, y los abrojos desgarran los pies. Los ganados han vuelto ya de los anchos llanos a sus establos de las aldeas. Cada vez son más oscuros y vagos la tierra y el cielo, y ya no vemos por dónde vamos. De pronto, tú me llamas y me dices bajito: «¿Qué luz será aquella que hay allí junto a la orilla, hijo?»

Un alarido horrible salta en lo oscuro y unas sombras arrolladuras se nos vienen encima. Tú te acurrucas en tu palanquín y repites rezando los nombres de los dioses. Los esclavos que te llevan se esconden temblando de terror tras los espinos. Yo te grito: «¡Madre, no tengas cuidado, que estoy yo aquí!»

Los asesinos están más cerca cada vez, hirsutos los cabellos, armados con largas lanzas. Yo les grito: «¡Alto ahí, villanos! ¡Un paso más y sois muertos!» Se oye otro terrible grito, y los bandidos se abalanzan sobre nosotros. Tú, convulsa, me cojes la mano y me dices: «Hijo de mi vida, por amor de Dios, huye de aquí.» Yo te contesto: «¡Madre, mírame tú! ¡Ya verás!»

Entonces meto espuelas a mi caballo, que salta furioso. Chocan sonantes mi espada y mi escudo. El combate es tan espantoso que si tú lo pudieras ver desde tu palanquín te helarías de espanto, madre. Unos huyen, otros caen hechos pedazos. Tú, mientras, ya lo sé yo, estarás pensando sentada allí solita que tu hijo ha muerto. En esto yo vuelvo todo ensangrentado y te digo: «Madre, la lucha ha concluido.» Tú sales de tu palanquín, y apretándome contra tu pecho, dices mientras me besas: «¿Qué hubiera sido de mí si mi hijo no me hubiese escoltado?»

... Todos los días pasan cosas como ésta. ¿Por qué no había de suceder algo así una vez? Sería como un cuento de los libros. Mi hermano diría: «Pero ¿es posible? ¡Yo lo creía tan endeblito!» Y los hombres del pueblo repetirían, asombrados: «Verdaderamente fue una suerte que el niño estuviera con su madre.»

32

EL FIN

Me voy, madre; es mi hora... Cuando en la oscuridad clareante de la madrugada solitaria tiendas tus brazos buscando a tu niño por tu cama, yo te diré: «¡El niño ya no está!»... Madre, me voy.

Me convertiré en un aire delicado para acariciarte; seré las onditas del agua cuando te bañes, y te besaré y te besaré sin descanso. En las noches de huracán, cuando la lluvia rumoree en las hojas, oirás desde tu cama mi susurro, y mi risa brillará con el relámpago por tu ventana abierta.

Si, pensando en tu niño, te pasas las horas de la noche desvelada, yo te cantaré desde las estrellas: «Duerme, madre, duerme.» Vendré en el rayo de luna y me pasaré suavemente a tu cama y me echaré en tu pecho mientras duermes. Me haré un ensueño y por las rajitas de tus párpados me hundiré en lo más hondo de tu descanso; y cuando te despiertes sobresaltada y mires alrededor, saldré volando con un temblor de mariposa a la oscuridad.

En la fiesta grande de Puja, cuando vengan a jugar a casa los niños del vecino, fluiré yo derretido en la música de la flauta y latiré todo el día en tu corazón. Tía traerá regalos de la feria, y preguntará: «¿Y el niño, hermana, dónde está?» Madre, y tú le dirás dulcemente: «Está en las niñas de mis ojos, está en mi cuerpo, está en mi alma.»

33

LLAMAMIENTO

La noche era oscura cuando ella se fue, y todos dormían. La noche es oscura ahora, y la llamo: «Vuelve, hija, amor mío. El mundo está dormido y nadie sabrá que viniste un momento mientras las estrellas se miraban.»

Se fue cuando los árboles florecían, cuando era niña también la primavera. Las flores han abierto ya del todo, y yo la llamo: «Vuelve, hija mía. Los niños cojen flores y juegan locos a derramarlas. Si tú vienes por una florecilla, ¿quién la echará de menos?»

¡Qué derrochadora es la vida! Los que entonces jugaban, siguen jugando todavía. Y yo oigo su algazara, y te llamo: «Vuelve, hija mía. El corazón de tu madre está rebosando amor, y si vienes por un besillo nadie te lo envidiará.»

34

### LOS PRIMEROS JAZMINES

¡Estos jazmines, estos blancos jazmines!... Parece que es la vez primera que se llenaron mis manos de jazmines, de estos jazmines blancos.

He amado después la luz del sol, el cielo y la tierra verde. He oído el cristal murmurante del río en lo oscuro de la medianoche. A la vuelta de un camino en soledad, la puesta de sol del otoño me ha salido al encuentro como una novia que abriera su velo para decirme que sí...

Pero mi memoria sigue todavía dulce de aquellos primeros jazmines blancos que tuve en mis manos de niño. ¡Cuánto día alegre en mi vida! ¡Cómo he reído con los felices las noches de fiesta! ¡Qué de canciones lentas canturreé a la lluvia en las mañanas grises! Y la guirnalda crepuscular de baculas ha adornado mi cuello, tejida por la mano del amor...

Pero mi corazón está fragante aún de aquellos primeros jazmines frescos que llenaron mis manos de niño. ¡Estos jazmines, ay, estos blancos jazmines!

35

### LA HIGUERA

Dime, desmelanada higuera que sigues en pie al lado del estanque, ¿te olvidaste ya del niño, como los pájaros que anidaban en tus ramas te dejaron y te olvidaron? ¿No te acuerdas ya de cuando se sentaba en la ventana y se maravillaba del enredo de esas raíces tuyas que se agarran a la tierra?

Las mujeres venían a llenar sus cántaros en el estanque y tu inmensa sombra negra se retorció en el agua, como el sueño cuando lucha por despertarse. En las menudas ondas, la luz del sol bailaba, como con diminutas lanzaderas inquietas que tejiesen una tela de oro. Por la orilla, entre la yerba alta, dos patos nadaban sobre sus sombras.

Y el niño se sentaba quieto y pensativo... Quería ser el viento para pasar entre tus ramas suspirantes; quería ser tu sombra y alargarse con el día sobre el agua; ser un pájaro y posarse en tu ramita más alta; y vagar, como los patos, entre las yerbas y las sombras.

36

### BENDICIÓN

Bendice este cuerpecito, esta alma blanca que le ha ganado a la tierra el beso del

cielo; que ama la luz del sol y goza embelesándose en la cara de su madre; que no ha aprendido todavía a despreciar el polvo ni a codiciar el oro. Cójelo contra su corazón y bendícelo.

Vino a este mundo de las cien encrucijadas, y no sé cómo te cojió a ti entre la muchedumbre, por qué llamó a tu puerta y cojió tu mano para preguntarte el camino. Te seguirá riendo y hablando sin una duda en su corazón. Guarda su fe en ti, guíalo rectamente y bendícelo.

Pon tu mano en su cabeza y pide que, aunque las olas ruján amenazadoras a sus pies, el soplo del cielo venga a henchir sus velas y lo empuje hacia el puerto de paz. No lo olvides en tus prisas, déjalo llegar a tu corazón y bendícelo.

37

### EL REGALO

Hijo mío, vamos río abajo por la existencia. Nuestras vidas tendrán que separarse y nuestro amor se perderá. Quiero darte algo... ¿Qué te daría yo? ¡Ay!, pero ¿seré tan tonta que intente comprar tu corazón con regalos?

Tu vida empieza, es largo tu camino. De un sorbo apuras el amor que te damos y te vuelves a ir corriendo del lado nuestro. Tienes tus amigos y tus juegos, y es natural que se te pase el tiempo sin pensar en nosotros.

Nuestra vejez, en cambio, ¡es tan ociosa! ¡Nos sobran tantas horas para contar los días que pasaron y acariciar en nuestro corazón lo que nuestras manos perdieron para siempre!

El río rompe alegremente todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda, y lo sigue con su amor.

38

### MI CANCIÓN

Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como un beso de bendiciones. Cuando tú estés solo, se sentará los brazos entrañables del amor. Te tocará la frente como a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la jente, te cercará para aislarte de ella.

Mi canción será como unas alas para tu sueño y se llevará tu corazón hasta el fin de lo ignorado. Cuando la noche negra se eche en tu camino, mi canción será sobre tu frente como la estrella fiel. Se sentará en las niñas de tus ojos y guiará tu mirar hasta el alma de las cosas.

Cuando mi voz se calle con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

39

### EL NIÑO ANJEL

¡Cómo discuten y cómo gritan! ¡Cómo dudan y se desesperan! ¡Nunca se acaba su pelear!

Que tu vida se ponga entre ellos, inalterable y pura como una lengua de luz, hijo

mío, y les imponga silencio con su hermosura.

¡Qué crueles los hace la codicia y la envidia! Como ocultos cuchillos sedientos de sangre son sus palabras.

Ponte tú entre sus corazones airados, hijo mío, y que tus ojos huecos caigan sobre ellos como cae la indulgente paz del anochecer sobre la contienda del día.

Déjales que miren tu cara, hijo mío, y que así comprendan el sentido de todas las cosas. Que te amen, y así se amen unos a otros.

Ven tú a ocupar tu sitio al seno de lo eterno, hijo mío. Abre y levanta tu corazón al salir el sol, como una flor nueva. Y cuando el sol se ponga, inclina tu frente y acaba en silencio la oración de la tarde.

40

#### EL ULTIMO TRATO

Una mañana iba yo por la pedregosa carretera, cuando, espada en mano, llegó el rey en su carroza. «¡Me vendo!», grité. El rey me cojió de la mano y me dijo: «Soy poderoso, puedo comprarte.» Pero de nada le valió su poderío y se volvió sin mí en su carroza.

Las casas estaban cerradas en el sol del mediodía y yo vagaba por el callejón retorcido cuando un viejo cargado con un saco de oro me salió al encuentro. Dudó un momento, y me dijo: «Soy rico, puedo comprarte.» Una a una ponderó sus monedas. Pero yo le volví la espalda y me fui.

Anohecía y el seto del jardín estaba todo en flor. Una muchacha gentil apareció delante de mí, y me dijo: «Te compro con mi sonrisa.» Pero su sonrisa palideció y se borró en sus lágrimas. Y se volvió sola otra vez a la sombra.

El sol relucía en la arena y las olas del mar rompían caprichosamente. Un niño estaba sentado en la playa jugando con las conchas. Levantó la cabeza y, como si me conociera, me dijo: «Puede comprarte con nada. Desde que hice este trato jugando, soy libre.»

**FIN DE «LA LUNA NUEVA»**

# El jardinero<sup>[2]</sup>

dedicado a W. B. Yeats

## AL JARDINERO

*¡Qué a gusto se baila el alma en tu jardín, jardinero! Van los pies desnudos por su tierra fresca, con la misma dulzura con que iban las alas en la niñez ignorante, por la ilusión pura.*

*—Así, no cabe duda de que tu verjel, divino Paraíso terrenal, pende del cielo. Pensil al que sólo puede entrar, abiertos los sentidos por la embriaguez de las rosas colgantes, quien vuela, dueño de su carne mejor, por el azul de oro y por el azul de plata.*

*Jardinero, tu jardín es como una noche feliz de vivos sueños —no sé si larga o corta—, cuyo amanecer le dejara al alma todavía, en los ojos del cuerpo, la realidad alegre de las estrellas.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

1

—¡Ten piedad de mí, reina mía!

—Pero ¿cómo vienes ahora, di, cuando ya todos se han ido?

—Por eso; porque mi hora es la última de todas. Y vengo a preguntarte qué te queda que mandar a tu último esclavo.

—Y ¿qué quieres que te diga tan tarde, di?

—Pues hazme jardinero de tu jardín.

—¡Jardinero de mi jardín!... ¿Te has vuelto loco?

—No... Dejaré todo lo demás. Tiraré espadas y lanzas. ¡Y no me mandes a cortes lejanas, ni me pidas nuevas conquistas! ¡Yo no quiero ser más que jardinero de tu jardín!

—Y ¿qué vas a hacer, di?

—Te serviré en tus días ociosos. Tendré fresca la hierba del sendero por donde vas cada mañana, y mis flores, ansiosas de morir bajo tus pies, te los colmarán de bendiciones. Te meceré en un columpio que haré para ti entre las ramas del saptaparna, y la luna del anochecer se estremará en besar el vuelo de tu falda entre las hojas. Renovaré el aceite perfumado de la lámpara de tu alcoba. Adornaré maravillosamente tu escabel con pinturas de azafrán y sándalo...

—Y ¿qué querrás por recompensa?

—Que me dejes tener entre mis manos los capullos de loto de tus puñitos y enlazar tus muñecas con cadenas de flores; que me dejes pintar las plantas de tus pies con sangre de anshoka y quitar con mis besos el polvillo que cojan al azar...

—... Bueno; desde hoy eres jardinero de mi jardín.

2

—Sí, verdad, poeta; tu cabello comienza a blanquear. Que en tu meditación por el anochecer solitario oigas los mensajes del más allá.

—No. Escucho por si alguien, aunque ya es tarde, me llama de la aldea. Velo por si dos jóvenes corazones errantes se encuentran y cuatro ojos ardientes quieren música que rompa su silencio y hable por ellos... ¿Quién compondría sus canciones de pasión si yo me sentara, orilla de la vida, a meditar en la muerte y en el más allá?

No. La primera estrella va a morir. La llama de la pira funeraria se extingue lentamente junto al río mudo. En el patio de la casa desierta aúllan en coro los chacales a la luna tendiosa... Si algún trasnochado soñador saliera de su casa a ver la noche y escuchara, baja la cabeza, el murmullo de la sombra, ¿quién habría de decirle al oído el secreto de la vida, si yo, cerrada mi puerta, me libertase de mi cárcel mortal?

No. ¿Qué importa que comience mi cabello a blanquear? Tan joven soy y tan viejo como el más joven y el más viejo de la aldea. Unos sonríen dulcemente, otros tienen un brillo malicioso en la mirada. Estos van llorando por el sol; los otros esconden su llanto en las tinieblas. Y todos me necesitan, y no he de perder el tiempo en los porqués de la otra vida. Mi edad es la de todos. ¿Qué importa que mi cabello empiece a blanquear?

3

Con el alba eché mi red al mar, y robé al abismo oscuro raras cosas de belleza extraña. Unas brillaban como sonrisas, otras lucían como lágrimas, y alguna se sonrojaba como las mejillas de una novia.

Cuando volvía con mi tesoro, mi amor estaba en su jardín, deshojando, ociosa, una flor. Dudé un instante, arrojé a sus pies cuanto el fondo del mar me había dado, y esperé silencioso. Ella lo fue mirando todo, y decía: «¿Para qué me pueden servir cosas tan raras?» Bajé la cabeza avergonzado, y pensé: «Verdaderamente que estas cosas no me han costado ni esfuerzo ni dinero. No, no son regalos dignos de ella...» Y toda la noche las estuve tirando, una a una, a la calle.

A la mañana pasaron unos viajeros. Recojieron mi tesoro y se lo llevaron a tierras lejanas.

4

¡Ay!, ¿por qué harían mi casa camino del mercado? ¡Todos amarran sus barcas cargadas a mis árboles! Y entran y salen, y vagan a su antojo... Yo me pongo a mirar y mi tiempo se va en vano. Y ¿cómo voy a echarlos? Y vuelan y vuelan los días...

Sus pasos suenan noche y día a mi puerta. En balde les digo: «No sé quiénes sois.» Unos son conocidos de mis dedos, otros de mi nariz, la sangre de mis venas parece recordar a aquéllos, y los hay que son familiares a mis sueños. ¿Cómo voy a echarlos? Y los llamo y les digo: «Entrad en mi casa si queréis, entrad.»

Al primer sol, cuando llama la campana del templo, llegan todos con sus cestos en las manos. Sus pies son sonrosados y la luz de la aurora luce, nueva, en sus frentes. ¿Cómo voy a echarlos? Y los llamo, y les digo: «Venid a mi jardín a cojer flores, venid.»

Cuando, a mediodía, el gongo suena a la puerta del palacio, no sé por qué han de dejar todos su trabajo y ponerse a charlar contra mi seto. ¡Qué lánguidas las notas de sus flautas! Las flores de su pelo, ¡qué pálidas y secas! ¿Cómo voy a echarlos? Y les llamo y les digo: «Estaos a la sombra de mis árboles, amigos, seguid.»

De noche, cantando ya los grillos en el bosque, ¿quién es ese que viene despacio a mi puerta y llama quedo? Veo vagamente una cara... Nada nos decimos... Todo lo envuelve el silencio del cielo... ¿Cómo voy a echar a este huésped mío? Y miro su cara en la sombra, y pasan horas y horas de ensueño...

## 5

Inquieto estoy y sediento de cosas lejanas, y el alma se me abre en un anhelo de llegar al fin de las remotas vaguedades. Y tu flauta me llama penetrante, ¡oh más allá sin nombre!, y yo me olvido de que estoy sin alas, preso en esta cárcel para siempre.

Ando ansioso y desvelado; como un extranjero soy, en tierra dura. Tu aliento me llega, susurrando en una lengua que mi corazón entiende como suya, una esperanza imposible. Y tu flauta me llama penetrante, ¡oh secreto lejano!, y yo me olvido de que no sé la senda, de que el alado corcel no está conmigo.

Desganado, voy peregrinando por mi propio corazón. En la niebla soleada de las horas lánguidas, ¡qué inmensa visión de ti se alza en el azul del cielo! Y tu flauta me llama penetrante, ¡oh último fin!, y yo me olvido de que esta casa en que vivo sólo tiene cerradas todas sus puertas.

## 6

El pájaro manso vivía en la jaula, y el pájaro libre en el bosque. Mas su destino era encontrarse y había llegado la hora.

El pájaro libre cantaba: «Amor, volemos al bosque.» El pájaro preso decía bajito: «Ven tú aquí; vivamos los dos en la jaula.» Decía el pájaro libre: «Entre rejas no pueden abrirse las alas.» «¡Ay! —decía el pájaro preso—, ¿sabré yo posarme en el cielo?»

El pájaro libre cantaba: «Amor mío, pía canciones del campo.» El pájaro preso decía: «Estate a mi lado; te enseñaré las canciones de los sabios.» El pájaro libre cantaba: «No, no, no; nadie puede enseñar las canciones.» El pájaro preso decía: «¡Ay! Yo no sé las canciones del campo.»

Su amor es un anhelo infinito, mas no pueden volar ala con ala. Se miran y se miran a través de los hierros de la jaula, pero es en vano su deseo. Y aletean nostálgicos y cantan: «Acércate más, acércate más.» El pájaro libre grita: «No puedo. ¡Qué miedo tu jaula cerrada!» El pájaro preso canta bajito: «¡Ay! No puedo. ¡Mis alas se han muerto!»

## 7

¿Cómo quieres, madre, que eche cuenta en nada esta mañana si el príncipe va a pasar por aquí? Dime tú cómo me peino, madre; qué vestido me voy a poner...

Sí, madre, no me mires así; ya sé yo que él no alzará sus ojos a mi ventana; ya sé yo que sólo lo veré un momento; que será como cuando viene, sollozando, la nota que se aleja

de una flauta... Pero el príncipe va a pasar por aquí, madre, y yo quiero ponerme para este instante lo mejor que tengo.

Madre, ya el príncipe pasó... ¡Cómo brillaba el sol de la mañana en su carroza! Yo abrí el velo de mi cara, me arranqué del cuello la cadena de rubíes y la eché a su paso...

Sí, madre; no me mires tú así; ya sé yo que él no cojió mi cadena; ya sé yo que la aplastó una rueda de su carroza; que sólo quedó de ella una mancha grana en el polvo; que nadie sabe qué regalo era el mío, ni para quién era... Pero el príncipe pasó por aquí, madre, y yo le eché a su paso mi mejor tesoro.

## 8

Desperté con los primeros pájaros y ya mi lámpara moría. Y me fui a la ventana abierta y me senté, con una guirnalda fresca en mis cabellos sueltos... Por el camino venía él en la niebla rosada de la mañana. Traía al cuello una cadena de perlas y el sol le daba en la frente. Y se paró en mi puerta y me dijo, ansioso: «¿Dónde está ella, di?»

Me dio vergüenza de decirle: «Ella soy yo, hermoso caminante; ella soy yo.»

Anochece y aún no habían encendido... Yo me cojía el pelo con desgana. Él llegaba en su carroza, toda incendiada de rojo por el sol poniente. Traía el traje lleno de polvo. La espuma hervía en la boca anhelante de sus cabellos... Se bajó a mi puerta y me dijo con voz cansada: «¿Dónde está ella, di?»

Me dio vergüenza de decirle: «Ella soy yo, caminante fatigado, ella soy yo.»

Esta noche de abril, la lámpara arde en mi alcoba, que la brisa del Sur colma, suave. El loro charlatán duerme en su jaula. Mi vestido es azul como el cuello de un pavo real, y verde mi manto como la yerba nueva. Sentada en el suelo, junto a la ventana, miro la calle desierta... Y pasa la noche oscura y no me canso de cantar: «Ella soy yo, caminante sin esperanza, ella soy yo.»

## 9

Cuando voy sola, por la noche, a mi cita de amor, los pájaros no cantan, el viento no se mueve, las casas de la calle están, a un lado y otro, silenciosas...

Y mis ajorcas tintinean a cada paso mío. ¡Y me da una vergüenza...!

Cuando, sentada en el balcón, espero, sin aliento, sus pasos, las hojas están mudas en los árboles, el agua está quieta en el río, como la espada en las rodillas de un centinela dormido...

Y mi corazón palpita, loco. ¡Y no sé cómo callarlo!...

Cuando viene mi amor y se sienta a mi lado, cuando tiembla mi cuerpo y se me cierran los ojos, la noche se oscurece, apaga el viento mi lámpara, las nubes velan las estrellas...

Y la joya de mi pecho brilla. ¡Y no sé cómo apagarla!...

## 10

Acaba ya, recién casada, que él está ahí... ¿No oyes el suave son de la cadena de tu puerta? Anda... Y que no canten alto tus ajorcas, que tu paso sea tranquilo... Acaba ya, que

es de noche y él está ahí.

No, no es el viento espectral, no te asustes. La noche es de abril, noche de luna llena. ¿No ves qué celestes están las sombras del patio? ¿No ves que el cielo te corona con su luz? Bájate el velo, si quieres; coje la lámpara, si tienes miedo... No, no es el viento espectral, nada temas.

Y si te da vergüenza, no le digas nada. Basta que te echas a un lado cuando él pase... Si te pregunta, baja, si quieres, los ojos en silencio. Y para tus brazaletes, que no suenen, cuando, la lámpara en alto, te lo llesves hacia adentro. Y si te da vergüenza, no le digas nada.

¿Todavía estás así, mujer? Mira que él está ahí... ¿No has encendido aún la luz del establo? ¿Y el cesto para el rito? ¿Y la seña roja, nuncio de ventura, en la raya blanca de tu pelo? Pero ¿no te has vestido aún para la noche? Recién casada, ¿oyes? Él está ahí...

11

¡Ven como estés; no te entretengas más! Si se te ha soltado la trenza, si no te has sacado bien la raya del pelo, si las cintas de tu corpiño están sueltas, ¡qué importa! ¡Ven como estés; no te compongas más!

¡Ven, lijera, por la yerba! Si se despintan tus pies con el rocío, si la voz alegre de los cascabeles de tus ajorcas se confunden, si se te caen perlas de tu cadena, ¡qué te importa! ¡Ven, corriendo, por la yerba!

¡Mira qué nubarrones por el cielo! Las cigüeñas se levantan en bandadas de la otra orilla del río y el viento brama huracanado por el yermo. Corre el ganado a sus establos, temeroso. ¡Mira las nubes por el cielo!

¿A qué cojes la lámpara para mirarte? ¿No ves que el viento te la apaga? ¿Quién va a saber que no te has pintado los ojos con hollín, si son más negros que la tempestad? ¿A qué cojes tu lámpara para mirarte?

¡Ven como estés, no te compongas más! ¿Qué más te da que la guirnalda no está concluida? ¡Déjate ya las pulseras! ¿No ves el cielo de tormenta? ¡Que es muy tarde! ¡Ven como estés, no te entretengas más!

12

Si quieres llenar tu cántaro, ven, ven a mi lago. Mi agua se cojera a tus pies y te dirá su secreto.

... La tormenta se echa encima y oscurece el arenal, y las nubes bajas son, sobre la copa azul de los árboles, como tu pesada cabellera sobre tu frente. Conozco bien el ritmo de tus pasos, que me está latiendo en el corazón.

Ven, ven a mi lago, si quieres llenar tu cántaro.

Si no tienes ganas de llenar tu cántaro, si prefieres dejarlo flotando en el agua, ven, ven a sentar tu pereza a mi lado.

La ladera está verde, y las flores de mi campo son tantas que no pueden contarse. Se te irán tus pensamientos por tus ojos negros, como pájaros que vuelan de sus nidos, y tu velo se te caerá a tus pies.

Ven, ven a mi lago, si no tienes ganas de llenar tu cántaro.

Si, harta de tus otros juegos, quieres jugar con el agua, ven, ven a mi lago.  
Deja tu manto azul en la orilla, que el agua azul te esconderá. Y las olas se pondrán de puntillas por besar tu cuello y suspirarte en los oídos.  
Ven, ven a mi lago, si quieres jugar con el agua.  
Si te has vuelto loca y quieres morir, ven, ven a mi lago.  
Mi lago es frío y no tiene fondo; oscuro como un sueño sin sueños. Allá abajo, noches y días son iguales, y toda canción es silencio.  
Ven, ven a mi lago, si te has vuelto loca y quieres morir.

13

Nada te pedí. Me paré en el vallado y esperé junto al árbol... Los ojos de la aurora aún tenían sueño y el rocío estaba en el aire todavía. Y el olor perezoso de la yerba húmeda colgaba de la neblina... Tú ordeñabas la vaca bajo el banyan, y tus manos eran tiernas y frescas como la manteca. Y yo seguía parado junto al árbol.

¿Te dije algo? Fue un pájaro que cantó, invisible, en la espesura. Se derramaban las flores del mango en el camino y venían zumbando, una tras otra, las abejas. Abrieron el templo de Shiva que se ve en la laguna, y el sacerdote comenzaba sus cánticos. Tú, la lata en la falda, ordeñabas la vaca. Y yo esperaba en pie, con mi lata vacía.

No me meneaba. El gongo del templo despertaba los cielos. Por la carretera, las piaras hostigadas alzaban nubes de polvo. Las mujeres volvían del río con los cántaros melodiosos en la cadera. Tus brazaletes tintineaban y tu lata rebosaba de espuma... Y se iba pasando la mañana y yo no me acercaba a ti.

14

Iba yo caminando, no sabía por qué. Era después de mediodía, y el viento andaba entre las ramas del bambú. Las sombras caídas, alargando los brazos, le cojían los pies a la luz fujitiva. Los *koels* habían dejado de cantar. Yo iba caminando, no sabía por qué.

Al lado del agua vi una choza que un árbol rendido cobijaba. Dentro, alguien iba y venía con su trajín, y sus ajorcas resonaban por los rincones. Y me detuve ante la choza, sin saber por qué.

El camino, estrecho y retorcido, cruza campos y campos de mostaza y bosques y bosques de mangos. Pasa por el templo de la aldea y por el mercado del muelle... Pero yo me detuve ante la choza, sin saber por qué.

... Pensaba en un día de marzo de hace muchos años, día de brisa suave. La primavera suspiraba lánguidamente y las flores del mango se caían. Y el agua inquieta lamía, saltando, un cántaro de cobre que había dejado en el último escalón del muelle... Pensaba yo en aquel día brisado de marzo, no sabía por qué.

... La sombra se hace más honda cada vez, y el ganado torna a su majada. Las praderas solitarias se ponen grises y los hombres del pueblo esperan la barca en la orilla. Y vuelvo despacio por donde vine, no sé por qué.

15

Como corre la gacela, loca de su propio perfume, por la sombra de los bosques, así esta noche del corazón de mayo, caliente de la brisa del Sur, corro yo, loco. He perdido mi camino y yerro al azar. Y quiero lo que no tengo, y tengo lo que no quiero.

La imagen de mi propio deseo se sale de mi corazón, y, danzando ante mí, centellea una y otra vez, súbita. La quiero cojer, y se me va; y, ya lejos, me llama otra vez desde el atajo... Y quiero lo que no tengo y tengo lo que no quiero.

16

Las manos se cojen de las manos y los ojos se quedan en los ojos... Así comienza la historia de nuestros corazones.

Es noche de marzo, noche de luna, y el dulce olor del henna va en el aire. Caída está mi flauta y olvidada, y tu guirnalda de flores está sin terminar...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

Tu velo color de azafrán me embriaga los ojos. La corona que me hiciste de jazmines me llena el corazón, como la alabanza... Jugamos a dar y a no querer dar, a mostrar y a volver a esconder. Sonrisas, timideces, dulces luchas inútiles...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

No tiene este amor misterios más allá de lo presente, ni anhelo de alcanzar imposibles, ni sombras tras el encanto, ni búsquedas en la sima de la oscuridad...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

Las palabras no nos llevan el silencio eterno, ni levantamos las manos al vacío, más allá de la esperanza. Sólo dar y recibir... Ni hemos exprimido la alegría hasta sacarle el vino del dolor...

Este amor nuestro es sencillo como una canción.

17

El pájaro amarillo está cantando en el árbol de ellos. ¡Qué alegría la de mi corazón! Los dos, ¡qué bien!, vivimos en la misma aldea, y las dos ovejuelas preferidas tuyas vienen a pacer a la sombra de los árboles de mi jardín. Y si entran en nuestra cebada, las saco yo en mis brazos... Nuestra aldea se llama Khanjana y el río Anjana es su río. Mi nombre todo el pueblo lo sabe. A ella le dicen Ranjana.

Un prado solo hay entre los dos. Las abejas que tienen su colmena en nuestro jardín van por miel al jardín de ellos. Las flores que ellos echan al agua en su escalerilla llegan, con la corriente, hasta donde yo me baño. Y cestos de flores secas de kustum vienen de sus campos a nuestro mercado... Nuestra aldea se llama Khanjana y el río Anjana es su río. Mi nombre todo el pueblo lo sabe. A ella le dicen Ranjana.

A la primavera, la flor del magno aroma la vereda que serpentea hasta su casa. Cuando está maduro el lino de ellos y a punto de cojerse, florece en nuestro campo el cáñamo. Las estrellas que sonríen temblando a sus ventanas, les sonríen también temblando a las nuestras. Y la lluvia que colma su laguna alegra nuestro bosque de kadam... Nuestra aldea se llama Khanjana y el río Anjana es su río. Mi nombre todo el mundo lo sabe. A ella

le dicen Ranjana.

18

Cuando las dos hermanas vienen por agua, llegando aquí, se sonríen. ¿Sabrán que alguien está tras los árboles siempre que vienen por agua?

Al pasar por aquí, las dos hermanas se hablan bajito. ¿Habrán adivinado el secreto de ese que espera entre los árboles siempre que vienen por agua?

De pronto, al pasar por aquí, se les ladean los cántaros y el agua se les derrama. ¿Sabrán que late un corazón entre los árboles siempre que vienen por agua?

Las dos hermanas se miran al pasar por aquí, y después se echan a reír, locas. Y la risa trastorna su andar fujitivo y enreda el pensamiento de ese que está tras los árboles siempre que vienen por agua.

19

Venías del río, con el cántaro lleno a la cadera. ¿Por qué volviste de pronto la cara y miraste así tras tu velo al viento?

Como una brisa fría que va sobre la onda hasta la tenebrosa orilla lejana, el rayo de tus ojos llegó a mí desde la sombra. Fue como esos pájaros nocturnos que entran rápidos en la casa oscura por una ventana y salen al punto por otra para perderse en la noche. Oculta estás cual una estrella tras los montes, y yo voy, peregrino, por la senda...

Pero ¿por qué te paraste de pronto y me miraste a través de tu velo cuando venías del río con el cántaro lleno a la cadera?

20

Día tras día, viene y se vuelve a ir. Anda, hermana, dale esta flor de mi pelo. Y sí pregunta quién se la manda, no se lo digas, que sólo viene y se va.

Míralo allí, sentado en la tierra, bajo el árbol. Ve, hermana, y tiéndele una alfombra de hojas y flores, que sus ojos están tristes y llenan de pesar mi corazón. Nunca dice lo que está pensando; sólo viene y se va.

21

¿Por qué se sentó a mi puerta con el alba? Cada vez que salgo o entro, tengo que pasar a su lado; y mis ojos, cada vez, se prenden en sus ojos.

No sé si hablarle o no. ¿Por qué se sentó a mi puerta?

¡Qué negra la noche nublada de julio! ¡Qué suave el azul del cielo en otoño! Los días de la primavera, ¡qué inquietos al viento del Sur!... Las canciones que él canta tienen cada vez una melodía.

Y se me nublan los ojos, y tengo que dejar mi trabajo... ¿Por qué se sentó a mi puerta?

22

Pasó, lijera, por mi lado, y el borde de su falda me tocó... Y de la isla ignorada de un corazón vino a mí no sé qué súbito aliento cálido de primavera...

Como la hoja de una flor, traída y llevada por la brisa, un ala rápida me rozó un instante y se perdió al punto... Fue en mi corazón como un suspiro de su cuerpo, como un susurro de su corazón.

23

¿Por qué estás ahí sentada, sonando tus pulseras vanamente? ¡Anda y llena tu cántaro, que es hora ya de que vuelvas a casa!

¿Por qué palmoteas el agua con tus manos, los ojos al camino, vanamente? ¡Anda y llena tu cántaro y vuélvete a casa!

La mañana está pasando y el agua oscura se va. Y las olas se ríen y se hablan entre sí vanamente.

Sobre el alcor, las nubes errantes se acumulan. Se paran, te miran la cara y se sonríen vanamente. ¡Anda y llena tu cántaro, y vuélvete a casa!

24

¡No me escondas tú el secreto de tu corazón! ¡Dímelo a mí, que soy tu amigo, sólo a mí!... Dímelo tan dulce como te sonríes, que no lo oirán mis oídos, sino mi corazón.

La noche es profunda; está la casa silenciosa; el sueño amortaja los nidos de los pájaros... ¡Anda, dime tú, en un llorar vacilante, en un tímido sonreír, en una dulce vergüenza, en un dolor dulce, el secreto de tu corazón!

25

—Ven, hombre, no nos engañes. ¿Por qué brillan tus ojos así, locos?

—Bebí no sé qué zumo de adormidera, y no sé qué locura es esta que tengo en mis ojos...

—¿No te da vergüenza?

—¿Y qué? Hay sabios y hay necios. Unos se vijilan y otros son descuidados. Hay ojos que se ríen y hay ojos que lloran... Y yo tengo en mis ojos la locura.

—¿Qué haces ahí, hombre, siempre en pie a la sombra de ese árbol?

—Mis pies no pueden con mi corazón, y estoy aquí, quieto, a la sombra.

—¿No te da vergüenza?

—Bueno. Unos corren y otros se entretienen. Hay quien está libre y hay encadenados. Y mis pies no pueden con mi corazón.

26

—Sólo te pido lo que quieras darme.

—Sí, sí; ya te conozco, mendiguito satisfecho; ya sé que quieres cuanto tengo.

—Si te sobra una florecilla, dámela para mi corazón.  
—¿Y si la flor tiene espinas?  
—¡Dame también las espinas!  
—Sí, sí; ya te conozco, mendiguito satisfecho, ya sé que quieres cuanto tengo.  
—Si levantarás tus ojos amantes a mis ojos una vez, mi vida sería dulce más allá de la muerte.  
—¿Y si sólo tuviesen miradas crueles?  
—¡Para siempre quedarán clavadas en mi corazón!  
—Sí, sí; ya te conozco, mendiguito satisfecho; ya sé que quieres cuanto tengo.

27

—No cierres tu corazón al amor porque te dé tristeza, y ten esperanza.  
—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender...  
—El corazón no puede darse sino en lágrima o canción...  
—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender... —Breve es el placer, como una gota de rocío, y mientras ríe, se muere. La pena, en cambio, es larga y permanece... ¡Que el amor triste despierte en tus ojos!  
—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender...  
—Por no esperar en capullo, entre la nieve eterna del invierno, el loto se abre al sol y pierde cuanto tiene...  
—¡Qué oscuro hablas! No te puedo comprender...

28

Tus ojos me preguntan tristes y quieren ahondar en mi sentido como la luna en el mar.

Sin esconder ni retener nada, te he desnudado mi vida, desde el principio hasta el fin. ¡Por eso no me conoces! Si yo fuera sólo una joya, podría partirme en mil pedazos y hacerte una sarta para el cuello. Si yo fuera sólo una florecilla redonda y dulce, podría arrancarme de mi tallo y ponerme en tu pelo. Pero ¿dónde están, amor, los confines de mi corazón?

Tú no conoces bien mi reino, aunque seas su emperadora. Si esto fuera sólo un momento de placer, florecería en una sonrisa fácil y tú podrías verla y comprenderla en un instante. Si fuera esto sólo un dolor, se derretiría en claras lágrimas y tú verías lo más hondo de su secreto sin hablar él una palabra. Pero esto es el amor. Su dolor y su placer no tienen límites, y son sin fin en él necesidades y tesoros. Está cerca de ti como tu vida misma, amor mío, ¡pero tú nunca podrás llegar a conocerlo del todo!

29

¡Hablame, hablame! ¡Dime en palabras lo que has cantado!  
... ¡Qué oscura está la noche! Las estrellas se han perdido entre las nubes y el viento anda por las hojas... Soltaré mis cabellos. Como otra noche me envolverá mi manto azul. Cojeré tu cabeza contra mi pecho, y, en nuestra dulce soledad, hablaré bajo, junto a tu

corazón... Cerraré mis ojos para oírte. No te miraré a la cara...

Cuando tú hayas concluido, nos quedaremos los dos mudos y quietos. Sólo se oirán los árboles en la sombra... Palidecerá la madrugada y el día se irá abriendo. Nos miraremos en los ojos y cada uno se irá por su camino...

¡Hablame, hablame! ¡Dime en palabras lo que has cantado!

30

Tú eres la nube crepuscular del cielo de mis fantasías. Tu color y tu forma son los del anhelo de mi amor. Eres mía, eres mía, y vives en mis sueños infinitos.

Tienes los pies sonrojados del resplandor ansioso de mi corazón, ¡segadora de mis cantos vespertinos! Tus labios agridulces saben a mi vino de dolor. Eres mía, eres mía, y vives en mis sueños solitarios.

Mi pasión sombría ha oscurecido tus ojos, ¡cazadora del fondo de mi mirada! En la red de mi música te tengo presa, amor mío. Eres mía, eres mía, y vives en mis sueños inmortales.

31

Mi corazón, pájaro del desierto, ha encontrado su cielo en tus ojos, ¡en tus ojos, cuna de la aurora, imperio de las estrellas, cuya profundidad se lleva mis canciones!

¡Deja sólo que me abisme en ese cielo, en esa solitaria inmensidad! ¡Deja sólo que me entre por tus nubes, que se abran mis alas en tu sol!

32

¡Dime si esto es verdad, dime si todo es verdad!

Cuando relampaguean mis ojos, el nubarrón oscuro de tu pecho me responde como un trueno. Di, ¿es verdad que mis labios son dulces como el capullo entreabierto del primer amor voluntario? ¿Es verdad que el recuerdo desvaído de todos los mayos pasados está en mis piernas y en mis brazos? ¿Es verdad que la tierra se deshace en canciones, como un arpa, si la rozan mis pies? ¿Es verdad que el rocío cae de los ojos de la noche cuando vengo; que la luz del mañana se alarga cuando me coje el cuerpo? ¿Es verdad, es verdad, di, que tu amor iba solo, a través de siglos y de mundos, en mi busca? ¿Es verdad que, cuando al fin me encontraste, tu deseo milenario halló la paz completa en mi hablar suave, en mis ojos, en mis labios, en mi pelo suelto? ¿Es verdad, es verdad, es verdad que el misterio del infinito está grabado en esta frente mía, tan pequeña?

¡Dime si esto es verdad, dime si todo es verdad!

33

Te amo, sí. ¡Perdóname mi amor! —¡Pajarito que yerras tu camino, como tú, estoy cazada!—. Cuando mi corazón se estremeció de dicha, perdió su velo y se quedó desnudo. Cúbrela tú de piedad, ¡y perdóname mi amor!

Si no puedes quererme, ¡perdóname mi pena! ¡Pero no me mires así, desde tan

lejos! Me arrastraré callada a mi rincón y me sentaré en la sombra, tapada con mis dos manos mi vergüenza desnuda. No me mires, no me mires, ¡y perdóname mi pena!

Si me quieres, ¡perdóname mi alegría! No te rías de mi descuido porque ves que mi corazón se me va en este mar de ventura. Cuando me sienta yo en mi trono, y reine sobre ti, tirana de mi amor; cuando, como una diosa, yo te conceda mis favores, sé tú indulgente con mi orgullo, ¡y perdóname mi alegría!

34

No te vayas tú, amor mío, sin decírmelo... Toda la noche he estado despierto, y ahora los ojos se me rinden. ¿Te irás, di, mientras duermo? ¡No te vayas tú, amor mío, sin decírmelo!

Me despierta el sobresalto, y tiendo a ti mis manos, ¡y te toco! Y me digo: «¿Es un sueño?» ¡Aay!, ¡si pudiera enredar tus pies en mi corazón y amarrarte a mi pecho!... ¡No te vayas, amor mío, sin decírmelo!

35

Para que yo no te conozca tan pronto, juegas conmigo. Me ciegas con tus repentinas risas para que no te vea tus lágrimas... Conozco, conozco tu arte. ¡Nunca dices lo que quieres decir!

Por miedo a que yo no te tenga en lo que vales, me evitas de mil modos. Te apartas de la multitud para que yo no te confunda con ella... Conozco, conozco tu arte. ¡Nunca vas por donde quisieras ir!

Como puedes más que nadie sobre mí, te callas. Me dejas mis regalos con descuido juguetón... Conozco, conozco tu arte. ¡Nunca aceptas lo que quisieras aceptar!

36

Me dijo bajito: «Amor mío, mírame en los ojos.» Le reñí, agria, y le dije: «Vete.» Pero no se fue. Se vino a mí y me cojía las manos... Yo le dije: «Déjame.» Pero no se fue.

Puso su mejilla en mi oído. Me aparté un poco, me quedé mirándolo, y le dije: «¿No te da vergüenza?» Y no se movió. Sus labios rozaron mi mejilla. Me estremecí, y le dije: «¿Cómo te atreves, di?» Pero no le dio vergüenza.

Me prendió una flor en el pelo. Yo le dije: «¡Es en vano!» Pero no cedía. Me quitó la guirnalda de mi cuello, y se fue. Y lloro y lloro, y le pregunto a mi corazón: «¿Por qué, por qué no vuelve?»

37

¿Quieres colgar tu fresca guirnalda a mi cuello? Mira que la única guirnalda que he tejido yo es para muchos, para unos que pasan entre sueños para otros que viven en países que no sé y en canciones de poetas...

Es tarde ya para pedirme mi corazón a cambio de tu corazón. Mi vida, un tiempo, era como un capullo, y su perfume entero estaba en mí. Hoy, todo el olor se me ha ido en

todos los vientos y no sé conjuro alguno que pueda recojerlo y encerrarlo otra vez en mi pecho. No; mi corazón no es ya mío ni para uno solo; mi corazón es ya de todos y para siempre.

38

Una vez, este poeta tuyo pensó no sé qué extraordinario canto épico; mas, ¡ay!, fui tan torpe, que mi canto vino a dar contra tus ajorcas repicantes; se rompió en cien pedazos armoniosos y se esparció a tus pies. Todo el tesoro de mis viejos cuentos guerreros se hundió en las olas reidoras, empapado en lágrimas...

¡Que tu amor me compense de esta pérdida! Y si este derecho mío a la fama inmortal ha de parar en ceniza con mi muerte, hazme inmortal tú mientras viva, y no lloraré por mi ruina, ni te culparé de ella.

39

Toda la mañana estoy queriendo hacer una guirnalda, pero las flores se me sueltan y se me caen. Tú, la que estás ahí sentada mirándome con el rabillo de tus ojos implacables, pregúntale a ellos, que tanta negra picardía piensan, quién tiene la culpa de todo.

Quiero cantar una canción, pero es en vano. Pregúntale quién tiene la culpa a esa sonrisa escondida que tiembla en tus labios. Que tu boca sonreída jure que mi voz se perdió en el silencio como una abeja ebria en la flor de loto.

La noche entra y se cierran los flores. ¡Deja que me siente a tu lado; y dile a mis labios que hagan lo que sólo puede hacerse en silencio, a la vaga luz de las estrellas!

40

Cuando vengo a despedirme de ti, una sonrisa incrédula te salta en los ojos. Me he despedido tantas veces ya, que siempre crees que he de volver; y, a decir verdad, yo lo creo como tú... Porque los días de primavera vuelven y vuelven; y la luna llena se despide y vuelve; y vuelven las flores a las ramas... Si yo te digo adiós, ¿por qué no he de volver también?

Pero guarda un momento la ilusión; ¡no la espantes tan rudamente! Cuando te digo que me voy para siempre, créeme; y que en velo de lágrimas haga más hondos tus ojos, un instante. Luego, cuando yo vuelva, ¡ríete burlescamente de mí cuanto quieras!

41

Querría decirte las palabras más hondas que te tengo que decir; pero no me atrevo, no vayas tú a reírte. Por eso me río de mí mismo y deshago en bromas mi secreto. Sí, me estoy burlando de mi dolor, para que no te burles tú.

Querría decirte las palabras más verdaderas que te tengo que decir; pero no me atrevo, no vayas a no creerme. Por eso las disfrazo de mentira, y te digo lo contrario de lo que quisiera decir. Sí, hago absurdo mi dolor, no vayas a hacerlo tú.

Querría decirte las palabras más ricas que guardo para ti; pero no me atrevo, porque

no vas a pagarme con las mejores tuyas. Por eso te nombro duramente y hago alarde despiadado de osadía. Sí, te maltrato, de miedo que no comprendas mi dolor.

Querría sentarme silencioso al lado tuyo; pero no me atrevo, no se me vaya a salir el corazón por la boca. Por eso charlo y disparato y me escondo el corazón tras mis palabras. Le pego a mi pena rudamente, no vayas a pegarle tú.

Querría irme de tu lado; pero no me atrevo, no vayas a conocer mi cobardía. Por eso llevo alta mi cabeza y paso como distraído junto a ti, que con el rayo constante de tus ojos renuevas siempre mi dolor.

42

Sí, compañero loco, que, en tu magnífica borrachera, abres las puertas a patadas y haces en público el tonto; que vuelcas tu bossa en una noche, burlándote del prudente; que vas por caminos extraños y juegas con cosas inútiles; que no tienes sentido ni quieres razones; que tiendes tu vela al huracán y quiebras tu timón... ¡Sí, compañero, he de seguirte, he de beber y ser un perdido!

Mis días y mis noches se me han ido en vano, entre sabios y discretos; el mucho saber me ha puesto blanco el pelo y el mucho velar me ha quemado los ojos. Mientras yo buscaba y ordenaba trocitos y andrajos, mis años se secaban... ¡Destruye tú mi tesoro, baila sobre él, mándalo al demonio, que ya sé yo que la mayor sabiduría está en beber y en ser un perdido!

¡Vayan con Dios mis escrúpulos malsanos! ¡Pierda yo, sin esperanza, mi camino! ¡Que el viento salvaje del desvarío me rompa mis amarras!... Justos, laboriosos, útiles y listos llenan el mundo. Unos llegan fácilmente a lo primero, y otros, con todo decoro, a lo segundo... ¡Felices ellos, y que la vida les sea próspera! ¡Yo prefiero ser vanamente insensato, pues que todo trabajo termina para el que bebe y se hace un perdido!

Lo juro: renuncio desde hoy todo derecho a la dignidad. ¡Adiós a mi sabiduría vanidosa, a mi concepto del bien y del mal! ¡Al suelo la urna del recuerdo; que se derrame hasta la última lágrima! La espuma del vino más rojo —¡moras, fresas, grosellas, granadas!— bañará mi risa y le dará alegría. Pisotearé con saña la insignia cortés y severa. ¡Hago voto solemne de ser inútil, de beber, de hacerme un perdido!

43

No, no, amigos míos, no. Decid lo que queráis, pero yo no seré nunca santo. Al menos que ella profese conmigo... Lo tengo resuelto; si no encuentro un nido a la sombra y una compañera de penitencia, no seré nunca santo.

No, no amigos míos; yo no dejaré mi casa, ni me retiraré a la soledad agreste, si una risa alegre no trina para mí en la umbría rumorosa, si no revuela en el aire mío su manto amarillo, si no me hace ella más hondo el silencio del desierto con sus palabras suaves... ¡No, no, yo no seré nunca santo!

44

Reverendo padre: Perdone a estos dos pecadores. Los aires de la primavera soplan

hoy, en loco trastorno, y se llevan el polvo, las hojas secas y vuestros consejos. No nos diga usted, padre, que la vida es vanidad. Nos hemos hecho amigos de la muerte, y, por unas horas perfumadas, somos inmortales.

Aunque los ejércitos del Rey vinieran, brutos, contra nosotros, moveríamos tan sólo la cabeza y les diríamos tristemente: «¡Hermanos, dejadnos en paz! ¡Si os gusta este juego ruidoso, id a batiros en otro campo! Ved que sólo estos breves instantes nos dejan ser inmortales.»

Si la jente nos rodeara, aduladora, le diríamos con un saludo humilde: «Toda esta felicidad es sólo nuestra; apenas cabemos en el cielo infinito en que vivimos. Pues en la primavera las flores llegan en tropel y las abejas se tropiezan en vuelo afanoso. En este cielo en donde nosotros dos somos inmortales no cabe ya ni un alfilerito.»

45

Di adiós al huésped que se va y borra la huella de su paso. Acoje sonriente lo claro, lo sencillo, lo cercano... —Es la fiesta de los espíritus que no saben de la muerte...— ¡Ríe alegre y sin sentido, como una luz en el agua inquieta! ¡Dance lijera tu vida en el fin del tiempo como el rocío en la punta de una hoja! ¡Sea el capricho súbito la sola razón de tu arpa!

46

Me dejaste y seguiste tu camino... Creí que iba a morirme de dolor y puse en mi corazón tu imagen solitaria, en una canción de oro. Pero, ¡ay, qué picara suerte la mía!..., porque el tiempo vuela.

Es seca la juventud año tras año, los días de primavera se van, mueren las leves flores en vano, y el sabio me advierte que la vida es como una gota de rocío en una hoja de loto... Y ¿he de dejarlo todo y quedarme mirando a quien se fue de mí? ¡Qué falta de cortesía y qué necedad!..., porque el tiempo vuela.

Llegad, pues, noches mías de lluvia, con pies chapoteantes; sonríte, mi otoño dotado; ven, descuidado abril mío, regalador de besos... ¡Y ven tú, y tú, y tú también, amores míos, que sabéis que somos mortales!... ¿Valdrá la pena partirse el corazón por quien se lleva el suyo..., si el tiempo vuela?

Es dulce sentarse en un rincón a meditar y a escribir versos que digan: «¡Todo lo eres para mí!» ¡Qué heroico alimentar la pena y negarse al consuelo!... Pero un nuevo rostro se asoma a mi puerta y levanta sus ojos a los míos... Enjugaré mi llanto y mudaré mi canción de melodía..., porque el tiempo vuela.

47

Si tú lo quieres, dejaré de cantar. Si te asusto el corazón, quitaré mis ojos de tu cara. Si te fastidio en tu recreo, me alejaré por otra senda. Si te equivoco cuando estás cojiendo flores, no iré más por tu jardín solitario. Si mis remos alborotan el agua, no llevaré más mi barca por tu orilla...

48

¡Desátame estos lazos de dulzura, amor mío, no me des más de este vino de besos, que la niebla de tu pesado incienso me ahoga el corazón! ¡Abre de par en par las puertas, que entre la luz de la mañana!

Estoy perdido en ti, preso en los dobleces de tus caricias. ¡Sálvame tú de ese hechizo, dame de nuevo aquella virilidad mía para que yo pueda de nuevo ofrecerte mi corazón libertado!

49

Tengo sus manos en las mías, y la estoy abrazando contra mi corazón... ¡Querría llenar mis brazos de su hermosura; robarle su sonrisa dulce con mis besos; beber con mis ojos su mirada negra...! Sí, sí; pero ¿cómo podrá ser eso?, ¿quién puede aspirar su azul al cielo?

¡Anhelo aprisionar la belleza, y la belleza se me va, dejando sólo un cuerpo entre mis manos...! Y desisto, vencido y jadeante. ¡Ay! ¿Cómo tocará la carne esa flor que sólo puede tocar el espíritu?

50

Amor, mi corazón anhela día y noche ese encuentro que ha de ser para mí como la muerte, devoradora de todo.

¡Arrástrame ante ti como un huracán; cójeme cuanto tengo; asáltame el sueño y llévate mis sueños; róbase todo este mundo mío; y sobre tal soledad, en la desnudez entera del espíritu, seamos uno los dos en hermosura!

Pero... ¡pobre afán de mi vida! ¿Cómo podré esperar esta unión última más que en ti, Dios mío?

51

Entonces acaba ya tu última canción, y vamos. ¡Y olvida esta noche, cuando esta noche pase!

... Pero ¿a quién voy a tener entre mis brazos? ¿Pueden acaso los sueños ser nuestros cautivos?

... ¡Y aprieto con manos ansiosas mi corazón contra el vacío, que lo hiere!

52

Guardé del viento la lámpara en mi manto, y la luz se me apagó. Apreté la flor contra mi corazón, ansioso de cariño, y se me quemó la flor. Apresé el agua porque fuese para mí, y se me secó la fuente. Quise llegar a un son que no alcanzaba mi arpa, y la cuerda se me saltó.

No me avergüences más con tus ojos, que no he venido a mendigar de ti. Sólo me paré un instante al final de tu patio, al otro lado de los rosales de tu jardín. ¡No me avergüences más con tus ojos!

No cojí una rosa, ni arranqué una fruta de tu jardín. Me eché, humilde, a la sombra del camino, que no se niega al caminante. Pero no toqué una rosa.

Mis pies estaban cansados y la lluvia me calaba. Jemía el viento entre las ramas dobladas del bambú y las nubes corrían por el cielo, como huyendo de una derrota... Mis pies estaban cansados.

No sé qué pensaste de mí, ni a quién esperabas a la puerta. El relámpago te deslumbraba los ojos vijilantes. ¿Cómo iba yo a saber que tú me veías allí en la oscuridad? ¡No sé qué pensabas de mí!

El día muere. Ha dejado un momento de llover. Me voy. Ahí te dejo la yerba en que me senté y la sombra del árbol último de tu jardín, que me amparó. Cierra tu puerta, que oscurece. Yo sigo mi camino... El día se ha muerto.

¿Dónde vas tan corriendo, con tu cesto, a estas horas? ¿No sabes que el mercado se cerró ya?

(Todos han vuelto y la luna asoma sobre los árboles de la aldea. Los ecos de las voces que llaman la barca van por las aguas oscuras del río hasta la marisma remota en que duermen los patos silvestres.)

¿Dónde vas tan corriendo con tu cesto, si se cerró ya el mercado?

(Los dedos del sueño rozan los ojos de la tierra. Callan los nidos de los cuervos y callan las hojas del bambú. Han vuelto los hombres del campo y tienden en los patios sus esterones.)

¿Dónde vas tan corriendo con tu cesto, si se cerró ya el mercado?

Era mediodía cuando te fuiste, y el sol quemaba con toda su fuerza. Yo había terminado mi labor y estaba sentada sola en mi alcoba, cuando te fuiste.

La brisa venía, a rachas, con todos los olores del campo lejano. Los palomos se arrullaban, infatigables, a la sombra, y una abeja perdida entró en mi cuarto, zumbando mensajes del campo lejano.

Reposaba la aldea en el fuego de la siesta. El camino se iba solitario. Se alzaba y se caía el murmullo de las hojas. Yo miraba al cielo, bordando en su azul las letras de un nombre que supe una vez... La aldea dormía en el fuego de la siesta.

Me había olvidado de trenzar mi pelo y la brisa lánguida jugaba con él en mi mejilla. El río se iba, liso, bajo la orilla frondosa. Las nubes blancas eternizaban su indolencia. Yo había olvidado de trenzar mi pelo.

Era mediodía cuando te fuiste. La tierra del camino abrasaba y estaban los campos jadeantes. Los palomos se arrullaban entre la hoja espesa. Yo estaba sola en mi balcón,

cuando te fuiste.

56

Yo era una de tantas, y mi vida el oscuro afán cotidiano. ¿Por qué, di, me escogiste entre todas, por qué me sacaste del albergue fresco de mi vida diaria?

El amor no dicho es santo y luce como un diamante en la sombra del corazón oculto. Pero en la luz del día importuno parece miserablemente negro. ¡Ay! ¿Por qué rasgaste el velo de mi corazón, por qué arrastraste por el sol mi amor tembloroso y destrozaste para siempre su nido sombrío?

Las otras siguen como antes. Nadie las ha mirado por dentro, y ellas mismas ignoran su secreto. Sonríen, lloran, hablan y trabajan, frívolas; van al templo cada día, encienden sus lámparas y traen agua del río.

Era mi esperanza que mi amor sin albergue no temblara de vergüenza; pero tú has vuelto tu cara de mí. Tú tienes abierto tu camino, pero me has cortado el mío. ¡Y me dejas desnuda ante el mundo, que, con ojos sin párpados, me mira noche y día!

57

Te cojí tu flor, ¡oh vida!, la apreté contra mi corazón y quedé herido de su espina. Luego cayó la tarde, y al oscurecer, la flor estaba mustia, pero quedaba mi dolor.

Flores y flores te abrirán su perfume y su orgullo, ¡oh mi vida! Mas la hora de cojerlas ha pasado para mí. Y en la noche negra estoy sin rosa, pero perdura mi dolor.

58

Estaba yo un día en el jardín, cuando una niña ciega vino y me dio una guirnalda de flores en una hoja de loto. Colgué la guirnalda de mi cuello, y se me saltaban las lágrimas.

Besé a la niña, y le dije: «Eres ciega lo mismo que las flores, no puedes ver, ¡pobre!, la hermosura de tu regalo.»

59

Mujer, no eres sólo obra de Dios; los hombres te están creando eternamente con la hermosura de sus corazones, y sus ansias han vestido de gloria tu juventud.

Por ti labra el poeta su tela de oro imaginaria; el pintor regala a tu forma, día tras día, nueva inmortalidad. Por adornarte, por vestirte, para hacerte más preciosa, el mar da sus perlas, la tierra su oro, su flor los jardines del estío.

Mujer, eres mitad mujer y mitad sueño.

60

Entre el estruendo del mar de la vida, tú, ¡oh Belleza!, yergues, muda e inmóvil, tu piedra solitaria. A tus pies, el Tiempo, arrobado, te suplica: «¡Háblame, háblame tú, amor mío, háblame tú!»

Pero tu palabra sigue cautiva en tu dura frialdad, ¡oh Belleza inmutable!

61

¡Cálmate, corazón mío, que sea dulce el instante del adiós! Que no sea esto un morir, sino un completarse. Que el amor se deshaga en el recuerdo y se vaya en canciones el dolor. Que este volar por los cielos una al fin sus alas en el nido. Que la caricia postrera de tus manos sea suave, como una flor de noche...

¡Y tú, Belleza que te vas, detente un momento, y di tus últimas palabras en silencio, que yo me inclino ante ti y alzo mi lámpara para alumbrarte en tu camino!

62

Por el sendero vespertino de mi sueño me fui en busca de un amor que había sido mío en otra vida... La casa estaba al fin de una calle desolada. El pavo real favorito se dormía en el techo, con la brisa del crepúsculo, y las palomas callaban en su nido.

Ella dejó la lámpara en el umbral y vino a mi encuentro. Alzó sus grandes ojos a los míos y me dijo, muda: «¿Cómo estás, di?» Iba a responderle, pero se me habían olvidado las palabras. Pensé, y pensé, y no pude recordar nuestros nombres...

Sus ojos se llenaban de lágrimas. Me tendió la mano y yo se la cojí en silencio... La lámpara tembló un momento en la brisa del anochecer, y se apagó.

63

¿Te vas, caminante?... La noche se ha callado y la sombra se desmaya sobre el bosque. En nuestros balcones lucen vivas las lámparas, frescas las flores, abiertos, todavía, los ojos de la juventud. ¿Es ya hora de dejarnos? ¿Te tienes que ir, caminante?

No queremos trabarte los pies con nuestros brazos deseosos. De par en par tienes las puertas, y tu caballo, ensillado, te aguarda en el umbral... Si un momento quisimos cerrarte la salida, sólo fue con nuestras canciones. Si te quisimos detener un instante, fue sólo con nuestros ojos. Caminante, no podemos retenerte. No nos queda más que nuestras lágrimas.

¿Qué fuego inagotable te quema los ojos? ¿Qué fiebre inquieta hierva en tu sangre? ¿Qué voz de la sombra te hostiga? ¿Qué terrible enigma has descifrado en las estrellas, que así entra la noche en tu corazón, silenciosa y estraña, con secreto mensaje?

Si no te es grato el bullicio de la fiesta, si quiere paz tu corazón cansado, apagaremos las lámparas, dejaremos nuestras arpas, nos sentaremos, mudos, bajo el susurro oscuro de las hojas, y la luna doliente derramará sus rayos pálidos en tu ventana... Caminante, ¿qué espíritu inquieto se ha entrado en tu corazón, del corazón de la noche?

64

La carretera ardorosa y polvorienta ha sido mi día. Ahora, en la gratitud fresca del anochecer, llego a la puerta de la posada ruinoso y desierto. Un ashath lóbrego agarra sus raíces ávidas por las grietas hondas del paredón.

Un tiempo, los caminantes venían aquí a lavar sus pies cansados. Tendían sus esterones en el patio, y, a la luz tenue de la luna temprana, se sentaban a hablar de tierras distantes... Despertaban con el alba descansados, y oían alegres los primeros pájaros, y las

flores amigas les daban los buenos días cabeceando en el vallado.

A mí no me esperaba ninguna lámpara encendida. El hollín que dejaron todas las lámparas olvidadas, me mira con ojos ciegos desde la pared. Entre los matojos del estanque de la charca seca, van y vienen las luciérnagas, y el bambú echa su sombra sobre el yerbazal del sendero... Nadie me acoge en el morir del día; sólo me espera la noche larga, y estoy cansado.

65

¿Eres tú? ¿Otra vez me estás llamando? Esta noche el cansancio se me cuelga al cuello, como los brazos del amor suplicante. ¿Me llamas? ¿Eres tú?

Todo el día he sido tuyo, tirana mía. ¿También vas a robarme la noche? Todo tiene su límite y quiero quedarme solo con la sombra. ¿Por qué traspasa tu voz, hiriéndome, las tinieblas?

La música del sueño de la noche, ¿no suena a tu puerta? ¿No vuelan al cielo, por encima de tu torre despiadada, las estrellas de alas silenciosas? ¿No caen nunca flores, en muerte suave, sobre el polvo de tu jardín?

¿Me llamas? ¿Me llamas? ¿Sí? ¡Pues lloren en vano los ojos tristes del amor, y esperen! ¡Que se consuma la lámpara en la casa desierta! ¡Que la barca vuelva a los hombres del campo a sus hogares! ¡Ahí se quedan mis sueños! ¡Voy contigo!

66

Hecho un espíritu, marañoso el rojo pelo polvoriento, sumida la boca, cerrada la puerta del corazón; los ojos ardiendo, como el farol de la luciérnaga que quiere compañero, el loco buscaba la piedra de toque.

El mar inmenso bramaba ante él. Las olas incansables hablaban sin parar de sus tesoros ocultos, burlándose de su ignorancia, que no las entendía. Quizá no le quedaba una esperanza, pero no quería descansar, porque su vida era ya sólo búsqueda.

Como el mar tiende, sin descanso, sus brazos al cielo imposible; como van las estrellas, en círculos eternos, buscando la meta ignorada, el loco, sudoso los rojos cabellos, erraba por la playa solitaria buscando la piedra de toque.

Una vez, un niño del pueblo le dijo: «Oye, ¿quién te dio esa cadena de oro que llevas a la cintura?» Él loco se miró sobresaltado. ¡Su cadena de hierro era de oro! No estaba soñando, no; pero no se acordaba del camino. Y, enfurecido, se golpeaba la frente. ¿Dónde, dónde había encontrado la piedra, sin saberlo? Tenía tal costumbre de cojer piedrecitas, tocar con ellas la cadena, y volverlas a tirar, sin mirar si el hierro se hacía oro, que había encontrado la piedra de toque y la había vuelto a perder.

Se ponía el sol, bajo, y todo el cielo era de oro. El loco empezó a desandar lo andado, detrás del perdido tesoro, sin fuerza, doblado el cuerpo, el corazón en el polvo, como un árbol arrancado de raíz.

67

Aunque llegue, lenta, la noche, apagando las canciones; aunque los otros pájaros se

hayan ido a dormir y tú estés cansado; aunque el miedo rumie en la sombra y se cubra el rostro del cielo, ¡pájaro mío, óyeme, no cierres las alas!

No, no son las sombras del bosque, es el mar que se hincha como un culebrón negro; no es la danza del jazmín en flor, sino el filo de la espuma... ¿Dónde, dónde está la verde orilla con sol? ¿Dónde tu nido? ¡Pájaro mío, óyeme, no cierres las alas!

La noche solitaria está atravesada en tu camino y la aurora duerme tras los montes sombríos. Las estrellas, contenido el aliento, cuentan las horas. La luna débil nada en el cielo profundo. ¡Pájaro mío, óyeme, no cierres las alas!

¡Ni la esperanza ni el temor son tuyos! ¡No hay para ti palabras, ni suspiros, ni gritos, ni hogar, ni nido! ¡Sólo tienes tus dos alas y el cielo sin rutas! ¡Pájaro mío, óyeme, no cierres las alas!

68

Nadie es eterno, hermano, y nada pervive. Recuerda esto y alégrate.

No es nuestra vida la sola carga añosa, nuestro sendero no es el único camino largo. Ningún poeta tiene el deber de cantar la antigua canción. La flor se marchita y muere; pero el que la lleva no ha de llorarla siempre...

Hermano, recuerda esto, y alégrate.

Llegará un silencio absoluto y la música será, entonces, perfecta. Decae la vida hacia poniente para ahogarse en sombras doradas. El amor ha de ser llamado de su juego a que beba penas y suba al cielo de los llantos...

Hermano, recuerda esto, y alégrate.

Cojamos, volando, nuestras flores, no las robe el viento pasajero. Nuestra sangre se enciende y se avivan nuestros ojos robando besos que se mustiarían si los olvidáramos. Avidéz es nuestra vida y pujanza nuestro deseo, porque el tiempo está tocando a muerto.

Hermano, recuerda esto, y alégrate.

No podemos, en un punto, abrazar las cosas, hacerlas pedazos y echarlas al polvo. Las horas pasan ligeras, con los sueños bajo el manto. La vida, sin fin para el trabajo y el hastío, sólo nos da un día para el amor.

Hermano, recuerda esto, y alégrate.

La belleza nos es dulce porque el ritmo voluble de su danza es el de nuestras vidas. La sabiduría nos es cara porque no tenemos tiempo de completarla. En lo eterno todo está hecho y concluido, pero las flores de la ilusión terrena son eternamente frescas, gracias a la muerte.

Hermano, recuerda esto, y alégrate.

69

Sonreíd, amigos, si queréis, porque persigo al ciervo dorado; pero yo seguiré y seguiré detrás de esta visión que me escapa.

A través de montes y valles, por tierras sin nombre, correré y correré detrás del ciervo dorado.

¡Venid vosotros, en buen hora, al mercado, y volved cargados a vuestros hogares! A mí, no sé dónde ni cuándo, me ha cojido el hechizo de los vientos sin guarida. Cuanto tenía

lo dejé caer en mi carrera. ¡Sólo me queda mi corazón Ubre!

¡Y montes y valles, y tierras y tierras sin nombre, huyen de mí, que persigo sin fin al ciervo dorado!

70

Un día mojado de julio, siendo yo niño, hice un barco de papel y lo eché al arroyo. Yo estaba solo ¡y era tan feliz con mi juego!

... Y eché mi barco de papel al arroyo.

Las nubes se pusieron negras, pasó el vendaval y cayó del cielo un diluvio. Y el agua fangosa, ancha y violenta, se llevó mi barco.

Pensé amargamente que la tormenta había sido sólo contra mi ventura, que todo su daño había sido sólo para mí.

Hoy, día nublado y largo de julio, meditaba yo en esos juegos de la vida en los que siempre perdí. Le reñía a mi destino por tanta y tanta treta, cuando, de repente, recordé el barquito de papel que se me fue en el agua del arroyo...

71

Aún es de día y la feria del río aún está abierta. Temí haber perdido del todo tiempo y dinero. Pero no, hermano, algo me queda todavía; el Destino no me ha robado del todo.

He terminado mi negocio. Las cuentas están acabadas y me vuelvo a mi casita. ¿Qué tengo que pagarte, guardián? Tranquilízate, algo me queda todavía; el Destino no me ha robado del todo.

Se ha parado el viento, y los nubarrones bajos del ocaso no traen nada bueno. El agua, callada, espera el huracán. Voy a cruzar el río, no se eche encima la noche. ¿Tu paga, verdad, barquero? Sí, hermano, algo me queda todavía; el Destino no me ha robado del todo.

En el camino, bajo un árbol, está sentado un mendigo. ¡Con qué tímida esperanza me mira! ¡Sin duda cree que vuelvo cargado de dinero! Sí, hermano, algo me queda todavía; el Destino no me ha robado del todo.

La noche se ha entrado y el camino está solitario. Las luciérnagas brillan en las hojas. ¿Quién será ése que me sigue callado y escondiéndose? Quieres robarme, ¿eh? Pues no has de irte con las manos limpias, que algo me queda todavía; el Destino no me ha robado del todo.

Cuando, a medianoche, llego, con las manos vacías, tú me esperas a la puerta con ojos ansiosos, desvelada y muda; y te echas en mi pecho, como un pájaro tímido, llena de amor. Sí, sí, Dios mío, ¡cuánto me queda todavía! ¡El Destino no me ha robado del todo!

72

Levanté —¡qué larga fatiga!— un templo. No tenía puertas ni ventanas y sus muros eran de piedra maciza. Dejé el mundo, me olvidé de todo, y, arrobado, miraba, día tras día, la imagen que yo mismo pusiera en el altar.

Lámparas de aceite fragante ardían perennes en la noche absoluta del templo; y el

humo constante del incienso envolvía mi corazón en su espiral pesada.

Esculpí en las paredes, vigilante eterno, fantásticas figuras, en raros laberintos — alados caballos, floras de cara humana, mujeres serpientes—. No quedó resquicio alguno por donde pudiese entrar el canto de los pájaros, el susurro de las hojas, ni el rumor de la ciudad afanada. Sólo en mi boca, cantando encantamientos, lenta y cadenciosamente, despertaba los ecos en la bóveda oscura.

Mi inteligencia se tornó aguda e inmóvil como la lanza de una llama, y mis sentidos cayeron en estasis sin nombre.

No sé qué tiempo estuve así. Hasta que un día, el rayo hirió el templo y me pasó de dolor el corazón.

La lámpara temblaba vergonzosa y débil. Los jeroglíficos de las paredes eran como sueños enredados, sin sentido, en la luz, y parecía como si quisieran esconderse. En el altar, la imagen sonreía, viva con el contacto del Dios vivo.

Y la noche, que fue mi prisionera, había tendido sus alas para siempre...

73

La riqueza innumerable no es tuya, madre oscura, polvo resignado. Trabajas y trabajas para las bocas de tus hijos, mas tu alimento no nos basta. Tu don de alegría jamás es perfecto. Frajilidad es el juguete que le haces a tus hijos... No, no puedes colmar nuestras esperanzas hambrientas... Pero ¿he de dejarte por eso?

No. Tu sonrisa sombreada de dolor es dulce a mis ojos. Tu amor sin realidad es caro a mi corazón.

Nos has dado a tu pecho la vida, no la inmortalidad, y estás siempre con los ojos inquietos. Color y canción has puesto, siglo tras siglo, en tu cielo, que es sólo aún una triste esperanza, y sobre la belleza que has creado flota siempre la bruma de las lágrimas...

Pero ten mis canciones para tu corazón silencioso, mi amor para tu amor. Te cansaré trabajando, porque he visto tu cara tierna, y te amo, ¡polvo triste, madre tierra!

74

En el tribunal de la vida, la pobre hoja de yerba se sienta en la misma alfombra que el rayo de sol y entre las estrellas de la medianoche. Así, en el corazón del mundo, mis canciones comparten el trono con la música de las nubes y el cantar de la arboleda.

Mas tu fortuna, ¡oh avaro!, no está con la sencilla grandeza del oro alegre del sol, ni con el tierno resplandecer de la luna pensativa. La bendición que el cielo abre sobre el mundo no cae sobre tus tesoros. Y cuando la muerte es llegada, palidecen, se mustian y se desmoronan en el polvo.

75

A medianoche, el hombre dijo: «Ha llegado la hora de dejar mi casa y de buscar a Dios. ¿Quién me ha tenido en engaño tanto tiempo?» Dios le respondió, sereno: «Yo.» Pero el hombre nada oía.

La madre dormía dulce, con el niño dormido en el pecho, a un lado de la cama. Dijo

el hombre: «¿Quiénes sois vosotros que me habéis engañado tanto tiempo?» La voz de Dios dijo otra vez: «Ellos son Dios.» Pero el hombre nada oía.

El niño gritaba en sueños, apretándose contra su madre. Dios le dijo al hombre: «Detente, necio, y no dejes tu hogar.» Pero el hombre nada oía. Y Dios suspiraba tristemente: «¿Por qué querrá venir a mí, abandonándome?»

76

Ardía la feria ante el templo. Estaba lloviendo desde el alba y se echaba la tarde.

En el gozo de la multitud, nada era tan radiante como la sonrisa de una niña que había comprado por un cuarto un pito de palmera. Y la aguda alegría de aquel silbido flotaba por encima de toda la risa y de todo el bullicio.

Un jentío sin fin llegaba, empujándose. Estaba el camino enfangado, crecido el río, ahogado el campo.

En el fastidio de la muchedumbre no había pena como la de un chiquillo que no tenía un cuarto para comprar un palo pintado. Y al mirar sus ojos nostálgicos fijos en la tienda, la jente toda me pareció lamentable.

77

Hombre y mujer, los alfareros que un día llegaron de Occidente, cavan el barro. La niña friega cazuelas y sartenes en el río. El niño, monda la cabeza, enfangado el cuerpecillo moreno, la sigue un poco y la espera paciente en el cabezo, como ella se lo ha dicho. Y la niña, criadita seria de su madre, vuelve con su cántaro lleno en la cabeza, un caldero en la mano y el niño de la otra.

Un día, el niño estaba sentado todo desnudo, abiertas las piernas. La niña fregaba con tierra un perol, dándole vueltas y vueltas. Un corderillo miraba, dulce, el río. De pronto, se vino al niño, balando reciamente, y el niño comenzó a llorar. Dejó la niña su perol y llegó corriendo. Y el niño en un brazo y en otro el corderillo, dividía entre ellos su cariño, atando con el lazo de su amor al hijo de la bestia y al hijo del hombre.

78

Era mayo. La luna biliosa parecía eternizarse y la tierra seca se abría de sed; cuando una voz llegó a mí de la ribera, que me llamaba: «Ven, amada mía.» Cerré mi libro y me fui a la ventana. En la orilla una gran búfala, toda enfangada, miraba con plácidos ojos a un muchacho que, el agua a la rodilla, la llamaba al río.

Me eché a reír... Una ráfaga dulce me llegó al corazón.

79

A veces me pregunto qué es lo que separa al hombre de la bestia, cuyo corazón no entiende lengua humana alguna.

¿Por qué remota mañana, de qué primer paraíso, de qué creación, iba el sendero claro por donde sus dos corazones se entendían? Pues las huellas de su andar gemelo no se

han borrado aún, aunque su parentesco se haya olvidado hace tanto tiempo...

De pronto, en una música sin palabras, el recuerdo dormido se despierta; y la bestia mira al hombre en los ojos con una confianza tierna, y el hombre mira en los ojos a la bestia con indulgente sonreír. Parece que los dos amigos se reconocieran vagamente a través de su disfraz...

80

Te alabo, mujer, porque con una mirada puedes robar al arpa toda su riqueza melodiosa, y ni siquiera escuchas sus canciones.

Te adoro porque, pudiendo humillar las cabezas más altivas del mundo, amas a los desconocidos de la tierra.

Me conmueves porque esos brazos, cuya hermosura diera gloria a un rey, son los esclavos diarios de tu hogar humilde.

81

¿Por qué me hablas tan bajo al oído, Muerte mía?

Cuando las flores se doblan, al anochecer, y el ganado vuelve a tus establos, tú vienes hasta mí con paso blando y me dices palabras que no entiendo...

¿Y has de enamorarme con el beleño de tu susurro y con tus besos yertos, Muerte mía?

¿No encantará nuestra boda el esplendor de las ceremonias? ¿No cojeras con guirnalda tu rizada cabellera roja? ¿Nadie vendrá ante ti con tu estandarte? Tus antorchas sangrientas, ¿no iluminarán la noche, Muerte mía?

¡Sí, ven, tocando tu caracol, en la noche desvelada! ¡Ponme tu manto carmín, coje mi mano, anda! ¡Quiero oír relinchar impacientes, a mi puerta, los corceles de tu carroza! ¡Levanta mi velo, mira, orgullosa, mi rostro, Muerte mía!

82

Esta noche, ella y yo vamos a jugar al juego de la muerte.

Todo está negro; las nubes yerran caprichosas y desvarían las olas de la mar... Hemos dejado el lecho de nuestros ensueños; hemos abierto, de par en par, la puerta y hemos salido.

Y nos hemos sentado en el columpio y el huracán nos empuja locamente por la espalda. Ella, sobresaltada, llena de deleite y de temor, se ha echado al suelo y se ha venido contra mi pecho, temblando.

¿Cuánto tiempo he sido tierno esclavo de su amor? Le hice un lecho de flores, y cerraba las puertas para que no le diese la luz en los ojos. La besé, suave, en los labios, y le hablé al oído hasta que se desmayaba de languidez... Se me había perdido en la niebla sin fin de una dulzura vaga. No me sentía mi mano y no la despertaban mis canciones...

Esta noche, la voz de la tormenta, nos llamaba desde el arenal. Ella, estremecida, se ha puesto en pie, me ha cojido de la mano y hemos salido.

Su cabellera vuela al viento, su velo tiembla vivo, su guirnalda le susurra contra le

pecho. Le echó a la vida el empujón de la muerte, y estamos los ojos en los ojos, el corazón en el corazón.

83

Ella vivía en la ladera, junto al maizal. Una fuente bajaba en hilos, riéndose, a la sombra solemne de los árboles viejos, y las mujeres venían a ella con sus cántaros y los caminantes se llegaban a descansar y a hablar a su paz.

Una noche bajó el extranjero del picacho anubarrado. Traía la greña enredada como serpientes en letargo. «¿Quién eres?», le preguntamos, estrañados. No contestó, y se sentó en la fuente, fijos los ojos en la choza de ella. Y volvimos, ya de noche, con nuestro corazón estremecido.

A la mañana, cuando vinieron las mujeres por agua a la fuente de los deodares, encontraron de par en par la puerta de ella, pero su voz no estaba; ¿y dónde estaba su cara sonriente? El cántaro sin agua yacía en el suelo y su lámpara se había extinguido. Nadie supo dónde la habría encontrado la mañana. Y el extranjero no estaba ya.

En mayo apretó el sol y se derritieron las nieves. Sentados en la fuente, llorábamos diciendo en nuestro pensamiento: «¿Habrá en la tierra a donde se ha ido una fuente donde pueda llenar su cántaro en estos días de sed?» Y nos preguntábamos, tristes: «¿Habrá otras tierras más allá de estos montes?»

Y vino la noche de verano. Soplaba la brisa del Sur, y yo estaba sentado en su cuarto desierto, con su lámpara apagada. De pronto, los montes desaparecieron ante mí, como si unas cortinas se descorriesen. ¡Era ella que venía! «¿Eres feliz, hija? Di, ¿qué te guarece bajo este cielo abierto? Y, ¡ay!, ¿no tienes aquí nuestra fuente para aliviar tu sed?»

«Este es el mismo cielo —dijo— libre de montes; ésta es la misma fuente hecha río; la misma tierra, abierta en llanura...» «Todo está aquí —suspiré—; ¡sólo nosotros no estamos!» Ella sonrió tristemente, y dijo: «Estáis en mi corazón.» Desperté, oía el murmullo de la fuente y el rumor de los deodares, en la noche.

84

Por los arrozales amarillos y verdes huyen sombras y sombras de nubes, que el sol de otoño persigue rápido. Las abejas se olvidan de libar la flor, y ebrias de luz, zumban, en vuelo estático. En las islas del río, los patos alegres clamorean sin razón...

¡Nadie vuelva a su casa esta mañana! ¡Que no trabaje nadie hoy! ¡Vamos a asaltar el cielo azul, a saquear, corriendo enloquecidos, los espacios! ¡Flote la risa en los aires, como la espuma en el río! ¡Derrochemos, cantando sin sentido, la mañana!

85

Tú, que no sé quién eres; tú, que lees estos versos míos que tienen ya cien años, oye: No puedo ofrecerte una sola flor de todo el tesoro de la primavera, ni una sola luz de estas nubes de oro. Pero abre tus puertas y mira; y coje, entre la flor de tu jardín, el recuerdo oloroso de las flores que hace cien años murieron.

¡Y ojalá puedas sentir en la alegría de tu corazón la alegría viva que esta mañana de

abril te mando, a través de cien años, cantando dichosa!

**FIN DE «EL JARDINERO»**

# Ofrenda lírica (Gitánjali)<sup>[3]</sup> (poemas)

dedicado a William Rothenstein

A RABINDRANAZ TAGORE

*Hemos intentado dar un cuerpo nuevo a tu gran corazón, a este libro donde tú quisiste recoger tu corazón completo y verdadero. ¿Lo moverá tu corazón con su sangre y con su ritmo? ¿Latirá tu corazón, libre, en nuestro cuerpo? Di, ¿cómo se encuentra en este cuerpo nuestro tu corazón?*

*¿Echa nuestra palabra, un poquito, su sombra en tu alegría inmensa, en ese arenal de gozo, hermano sólo del mar del paraíso? ¿Es estrella grande y baja de tu noche de ventura? ¿Puedes alzar con ella al cénit tu fuego; puedes callar con ella, como con un agua subterránea, tu amor pensativo?*

*¡Vas a ser oído en las palabras nuestras —¡dicha de otros más!— por tu Dios! ¿Serán ellas suficientes para que tu Dios se venga a oír tu corazón al cielo de nosotros? ¿Puedes tú hablarle a gusto, con nuestra voz española, a ese Dios tuyo, cercano, visible, humano, que oye las palabras bellas?*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

1

Fue tu voluntad hacerme infinito. Este frágil vaso mío tú lo derramas una y otra vez, y lo vuelves a llenar con tu nueva vida.

Tú has llevado por valles y colinas esta flautilla de caña, y has silbado en ella melodías eternamente nuevas.

Al contacto inmortal de tus manos, mi corazoncillo se dilata sin fin en la alegría, y da vida a la expresión inefable.

Tu dádiva infinita sólo puedo cojerla con estas pobres manitas mías. Y pasan los siglos, y tú sigues derramando, y siempre hay en ellas sitio que llenar.

2

Cuando tú me mandas que cante, mi corazón parece que va a romperse de orgullo. Te miro y me echo a llorar.

Todo lo duro y agrio de mi vida se me derrite en no sé qué dulce melodía, y mi adoración tiende sus alas, alegre como un pájaro que va pasando la mar.

Sé que tú te complaces en mi canto, que sólo vengo a ti como cantor. Y con el fleco del ala inmensamente abierta de mi canto, toco tus pies, que nunca pude creer que alcanzaría.

Y canto, y el canto me emborracha, y olvido quién soy, y te llamo amigo, a ti que eres mi señor.

3

¿Cómo cantas Tú, Señor? ¡Siempre te encuentro mudo de asombro!

La luz de tu música ilumina el mundo, su aliento va de cielo a cielo, su raudal santo vence todos los pedregales y sigue, en un torbellino, adelante.

Mi corazón anhela ser uno con tu canto, pero en vano busca su voz. Quiero hablar, pero mi palabra no se abre en melodía; y grito vencido. ¡Ay, cómo me cojes el corazón en el enredo infinito de tu música, Señor!

4

Quiero tener mi cuerpo siempre puro, vida de mi vida, que has dejado tu huella viva sobre mí.

Siempre voy a tener mi pensamiento libre de falsía, pues tú eres la verdad que ha encendido la luz de la razón en mi frente.

Voy a guardar mi corazón de todo mal, y a tener siempre mi amor en flor, pues que tú estás sentado en el sagrario más íntimo de mi alma.

Y será mi afán revelarte en mis acciones, pues que sé que tú eres la raíz que fortalece mi trabajo.

5

Sé indulgente conmigo un momento, y déjame sentarme a tu lado, que luego terminaré lo que estoy haciendo.

Mi corazón, si no te ve, no tiene sosiego, y mi trabajo es como un afán infinito en un fatigoso mar sin playas.

El verano ha venido hoy a mi ventana, zumbando y suspirando, y han venido las abejas, trovadores en la corte del bosque florecido.

Es el tiempo de sentarse quieto frente a ti, el tiempo de cantarte, en un ocio mudo y rebosante, la ofrenda de mi vida.

6

Anda, no esperes más; coje esta florecilla, no se mustie y se deshoje.

Quizá no tengas sitio para ella en tu guirnalda; pero hónrala, lastimándola con tu mano, y arráncala, no sea que se acabe el día sin que yo me dé cuenta, y se pase el tiempo de la ofrenda.

Aunque su color sea tan pobre, y tan poco su olor, ¡anda, ten esta flor para ti, arráncala ahora que es tiempo!

7

Mi canción, sin el orgullo de su traje, se ha quitado sus galas para ti. Porque ellas estorbarían nuestra unión, y su campanilleo ahogaría nuestros suspiros.

Mi vanidad de poeta muere de vergüenza ante ti, Señor, poeta mío. Aquí me tienes sentado a tus pies. Déjame sólo hacer recta mi vida sencilla, como una flauta de caña, para que tú la llenes de música.

8

El niño vestido de príncipe colgado de ricas cadenas pierde el gusto de su juego, porque su atavío le estorba a cada paso.

Por temor a rozarse o empolvarse, se aparta del mundo, y no se atreve ni siquiera a moverse.

Madre, ¿gana él algo con ser esclavo de ese lujo que lo aparta del polvo saludable de la tierra, que le roba el derecho de entrar en la gran fiesta de la vida de todos los hombres?

9

¡Necio, que intentas llevarte sobre tus propios hombros! ¡Pordiosero, que vienes a pedir a tu propia puerta!

Deja todas las cargas en las manos de aquel que puede con todo, y nunca mires atrás, nostálgico.

Tu deseo apaga al punto la lámpara que toca con su aliento. ¡No tomes sus dádivas malsanas con manos impuras! ¡Coje sólo lo que te ofrece el amor sagrado!

10

Tienes tu escabel, y tus pies descansan entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

Quiero inclinarme ante ti, pero mi postración no llega nunca a la sima donde tus pies descansan entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

El orgullo no puede acercarse a ti, que caminas, con la ropa de los miserables, entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

Mi corazón no sabe encontrar tu senda, la senda de los solitarios, por donde tú vas entre los más pobres, los más humildes y perdidos.

11

Deja ya esa salmodia, ese canturreo, ese pasar y repasar rosarios. ¿A quién adoras, di, en ese oscuro rincón solitario del templo cerrado? ¡Abre tus ojos, y ve que tu Dios no está ante ti!

Dios está donde el labrador cava la tierra dura, donde el picapedrero pica la piedra; está, con ellos, en el sol y en la lluvia, lleno de polvo el vestido. ¡Quítate ese manto sagrado y baja con tu Dios al terruño polvoriento!

¿Libertad? ¿Dónde quieres encontrar libertad? ¿No se ha atado él mismo, lleno de alegría, a la Creación? ¡Sí, él está atado a nosotros todos para siempre!

¡Sal ya de tu estasis, déjate ya de flores y de incienso! ¿Qué importa que tus ropas se manchen o se andrajén? ¡Ve a su encuentro, ponte a su lado, y trabaja, y que sude tu frente!

12

¡Cuánto tiempo dura mi viaje, y qué largo es mi camino!

Salí en la carroza del primer albor, y caminé a través de los desiertos de los mundos, dejando mi rastro por las estrellas infinitas.

La ruta más larga es la que sale más pronto a ti, y la más complicada enseñanza no lleva sino a la perfecta sencillez de una melodía.

El viajero tiene que llamar, una tras otra, a todas las puertas estrañas para llegar a la suya; ha de vagar por todos los mundos de fuera, si quiere llegar al fin a su santuario interior.

Mis ojos erraron por todos los confines antes que yo los cerrara, diciendo: «Aquí estás.» Y el grito y la pregunta: «¡Ay! ¿Dónde?», se derriten en las lágrimas de mil raudales y ahogan el mundo con el desbordamiento de su «¡Yo soy!»

13

La canción que yo vine a cantar no ha sido aún cantada.

Mis días se me han ido afinando las cuerdas de mi arpa; pero no he hallado el tono justo, y las palabras no venían bien. ¡Sólo la agonía del afán en mi corazón!

Aún no ha abierto la flor, sólo suspira el viento.

No he visto su cara ni he oído su voz; sólo oí sus pasos blandos, desde mi casa, por el camino.

Todo el día interminable de mi vida me lo he pasado tendiendo en el suelo mi estera para él; pero no encendí la lámpara, y no puedo decirle que entre.

Vivo con la esperanza de encontrarlo; pero ¿cuándo lo encontraré?

14

Mis deseos son infinitos, lastimeros mis clamores; pero tú me salvas siempre con tu dura negativa. Y esta recta merced ha traspasado de parte a parte mi vida.

Día tras día me haces digno de los dones grandes y sencillos que me diste sin yo pedirte los, el cielo y la luz, mi cuerpo, mi vida y mi entendimiento; y me has salvado, día tras día, del escollo de los deseos violentos.

A veces me retardo lánguido, a veces me despierto y me desvivo en busca de mi fin; pero tú, cruel, te escondes de mí.

Día tras día, a fuerza de rehusarme, de librarme de los peligros del deseo débil y vago, me estás haciendo digno de ser tuyo del todo.

15

Estoy aquí para cantarte. Mi rinconcito está en este salón tuyo.

Nada tengo que hacer en este mundo tuyo; mi vida inútil no sabe más que saltar en melodías sin razón.

Cuando en el oscuro templo de la medianoche dé la hora del adorarte en silencio, ¡mándame que te venga a cantar, maestro mío!

Cuando el arpa de oro esté afinada en el aire matutino, ¡hónrame tú ordenando mi presencia!

16

Fui invitado a la fiesta de este mundo, y así mi vida fue bendita. Mis ojos han visto, y oyeron mis oídos.

Mi parte en la fiesta fue tocar este instrumento, y he hecho lo que pude.

Y ahora te pregunto: ¿no es tiempo todavía de que yo pueda entrar, y ver tu cara, y ofrecerte mi saludo silencioso?

17

Sólo espero al amor para entregarme al fin en sus manos. Por eso es tan tarde, por eso soy culpable de tantas distracciones.

Vienen todos, con leyes y mandatos, a atarme a la fuerza; pero yo me escapo siempre, porque sólo espero al amor para entregarme, al fin, en sus manos.

Me culpan, me llaman atolondrado. Sin duda tienen razón.

Terminó el día de feria, y todos los tratos están ya hechos. Y los que vinieron en vano a llamarme, se han vuelto, coléricos. Sólo espero al amor para entregarme, al fin, en

sus manos.

18

Las nubes se amontonan sobre las nubes, y oscurece. ¡Ay amor!, ¿por qué me dejas esperar, solo en tu puerta?

En el afán del mediodía, la multitud me acompaña; pero en esta oscuridad solitaria no tengo más que tu esperanza.

Si no me enseñas tu cara, si me dejas del todo en este abandono, ¿cómo voy a pasar estas largas horas lluviosas?

Miro la lejana oscuridad del cielo, y mi corazón vaga jimiendo con el viento sin descanso.

19

Si no hablas, llenaré mi corazón de tu silencio, y lo tendré conmigo. Y esperaré, quieto, como la noche en su desvelo estrellado, hundida pacientemente mi cabeza.

Vendrá sin duda la mañana. Se desvanecerá la sombra, y tu voz se derramará por todo el cielo, en arroyos de oro.

Y tus sombras volarán, cantando, de cada uno de mis nidos de pájaros, y tus melodías estallarán en flores, por todas mis profusas enramadas.

20

Aquel día en que abrió el loto, mi pensamiento andaba vagabundo, y no supe que florecía. Mi canasto estaba vacío, y no vi la flor.

Sólo, de cuando en cuando, no sé qué tristeza caía sobre mí; y me levantaba sobresaltado de mi sueño, y olía un rastro dulce de una estraña fragancia que erraba en el viento del Sur.

Su vaga ternura traspasaba de dolor nostálgico mi corazón. Me parecía que era el aliento vehemente del verano que anhelaba completarse.

¡Yo no sabía entonces que el loto estaba tan cerca de mí, que era mío, que su dulzura perfecta había florecido en el fondo de mi propio corazón!

21

¿Cuándo echaré mi barca en la mar? Las horas lánguidas se me pasan en la orilla, ¡ay!

La primavera acabó de florecer y se ha ido. Y cargado de vanas flores marchitas, espero y tardo.

Se han puesto las olas clamorosas, y en la vereda en sombra de la orilla, las hojas amarillas aletean y caen.

¿Qué miras, di, en el vacío? ¿No sientes estremecerse el aire de una canción lejana que viene, flotando, de la otra orilla?

22

En la profunda oscuridad de julio lluvioso, tú vas caminando en secreto, mudo como la noche, evitando a los que te vijilan.

Hoy, la mañana ha cerrado sus ojos, sin hacer caso de la insistente llamada del huracán del Este, y un espeso manto ha caído sobre el azul siempre alerta del cielo.

Los bosques han dejado de cantar, las puertas de las casas están todas cerradas. Tú eres el transeúnte solitario de la calle desierta.

¡Único amigo, mi más amado amigo: mira abiertas las puertas de mi casa; no pases de largo como un sueño!

23

¿Has salido, esta noche de tormenta, en tu viaje de amor, amigo mío? —El cielo se queja como un desesperado—.

¡No puedo dormir! Abro mi puerta a cada instante y miro a la oscuridad, mas nada veo. Amigo mío, ¿dónde está tu camino, di?

¿Por qué vaga ribera de qué río de tinta, por qué lejano seto de qué imponente floresta, a través de qué intrincada profundidad oscura vienes trenzando tu ruta hacia mí, amigo mío?

24

Si se ha acabado el día, si ya no cantan los pájaros, si el viento rendido ha flojeado, cúbreme bien con el manto de la sombra, como has cubierto a la tierra con el sueño, como has cerrado tiernamente las hojas del loto desfallecido en el crepúsculo.

¡Quítale la vergüenza y la pobreza al caminante que ha vaciado su alforja antes de acabar el viaje, que tiene roto y empolvado su vestido, cuya fuerza está exhausta; renueva su vida, como una flor, bajo el manto de la noche misericordiosa!

25

En la noche fatigada, déjame entregarme sin lucha al sueño, con mi confianza echada en ti.

¡No consentas que fuerce mi espíritu flojo a una pobre preparación para adorarte!

¿Acaso no eres tú quien corre el velo de la noche sobre los ojos rendidos del día, para renovar su sentido con la refrescada alegría del despertar?

26

Vino, y se sentó a mi lado; pero yo no desperté. ¡Maldito sueño aquél, ay!

Vino en la noche tranquila. Traía el arpa en sus manos, y mis sueños resonaron con sus melodías.

¡Ay!, ¿por qué se van así mis noches? ¿Por qué no le veo nunca cuando su aliento está rozando mi sueño?

27

¡Luz! ¿Dónde está la luz? ¡Enciéndela, ardor brillante del deseo!  
Aquí está la lámpara, pero ¿y el aleteo de la llama? ¿Es éste tu destino, corazón?  
¡Ay, cuánto mejor fuera la muerte!

La miseria llama a tu puerta, y te dice que tu señor está desvelado, que te llama en cita de amor, entre la sombra de la noche.

Los nubarrones cubren el cielo, la lluvia no para. ¡No sé qué es esto que se mueve en mí, no sé qué quiere decir esto que siento!

El resplandor momentáneo del relámpago me arroja una sombra más profunda sobre los ojos. Mi corazón busca a ciegas por el camino que va a donde la música de la noche me está llamando.

¡Luz! ¡Ay!, ¿dónde está la luz? ¡Enciéndela, ardor brillante del deseo! —Truena, y el viento se abalanza clamoroso, y la noche está negra como la pizarra—. ¡No dejes que pasen las horas en la sombra! ¡Enciende la lámpara del amor con tu vida!

28

Firmes son mis ataduras; pero mi corazón me duele si trato de romperlas.

No deseo más que libertad; pero me da vergüenza su esperanza.

Sé bien qué tesoro inapreciable es el tuyo, que tú eres mi mejor amigo; pero no tengo corazón para barrer el oropel que llena mi casa.

De polvo y muerte es el sudario que me cubre. ¡Qué odio le tengo! Y, sin embargo, lo abrazo enamorado.

Mis deudas son grandes, infinitos mis fracasos, secreta mi vergüenza y dura. Pero cuando venga a pedir mi bien, tiemblo temeroso, no vaya a ser oída mi oración.

29

Estoy llorando, encerrado en la mazmorra de mi nombre. Día tras día, levanto, sin descanso, este muro a mi alrededor; y a medida que sube al cielo, se me esconde mi ser verdadero en la sombra oscura.

Este hermoso muro es mi orgullo, y lo enluzco con cal y arena, no vaya a quedar el más leve resquicio. Y con tanto y tanto cuidado, pierdo de vista mi verdadero ser.

30

Salí solo a mi cita. ¿Quién es ése que me sigue en la oscuridad silenciosa?

Me echo a un lado para que pase, pero no pasa.

Su marcha jactanciosa levanta el polvo, su voz recia duplica mi palabra.

¡Señor, es mi pobre yo miserable! Nada le importa a él de nada; pero ¡qué vergüenza la mía de venir con él a tu puerta!

31

«Prisionero, ¿quién te encadenó?»

«Mi Señor —dijo el prisionero—. Yo creí asombrar al mundo con mi poder y mi riqueza, y amontoné en mis cofres dinero que era de mi Rey. Cuando me cojió el sueño, me eché sobre el lecho de mi Señor. Y al despertar, me encontré preso en mi propio tesoro.»

«Prisionero, ¿quién forjó esta cadena inseparable?»

Dijo el prisionero: «Yo mismo la forjé cuidadosamente. Pensé cautivar al mundo con mi poder invencible; que me dejara en no turbada libertad. Y trabajé, día y noche, en mi cadena, con fuego enorme y duro golpe. Cuando terminé el último eslabón, vi que ella me tenía agarrado.»

32

Los que me aman en este mundo hacen todo cuanto pueden por retenerme; pero tú no eres así en tu amor, que es más grande que ninguno, y me tienes libre.

Nunca se atreven a dejarme solo, no los olvide; pero pasan y pasan los días y tú no te dejas ver.

Y aunque no te llame en mis oraciones, aunque no te tenga en mi corazón, tu amor siempre espera a mi amor.

33

Entraron en mi casa con el alba, diciendo: «Cabremos bien en el cuarto más pequeño.»

Decían: «Te ayudaremos en el culto de tu Dios, y nuestra humildad tendrá de sobra con la parte de gracia que le toque.» Y se sentaron en un rincón, y estaban quietos y sumisos.

¡Pero en la oscuridad de la noche sentí que forzaban la entrada de mi santuario, fuertes e iracundos; que se llevaban, con codicia impía, las ofrendas del altar de Dios!

34

Que sólo quede de mí, Señor, aquel poquito con que pueda llamarte mi todo.

Que sólo quede de mi voluntad aquel poquito con que pueda sentirte en todas partes, volver a Ti en cada cosa, ofrecerte mi amor en cada instante.

Que sólo quede de mí aquel poquito con que nunca pueda esconderte.

Que sólo quede de mis cadenas aquel poquito que me sujete a tu deseo, aquel poquito con que llevo a cabo tu propósito en mi vida: la cadena de tu amor.

35

Permite, Padre, que mi patria se despierte en ese cielo donde nada teme el alma, y se lleva erguida la cabeza; donde el saber es libre; donde no está roto el mundo en pedazos por las paredes caseras; donde la palabra surge de las honduras de la verdad; donde el luchar infatigable tiende sus brazos a la perfección; donde la clara fuente de la razón no se ha perdido en el triste arenal desierto de la yerba costumbre; donde el entendimiento va contigo a acciones e ideales ascendentes...

¡Permite, Padre mío, que mi patria se despierte en ese cielo de libertad!

36

Mi oración, Dios mío, es ésta:

Hiere, hiero la raíz de la miseria en mi corazón.

Dame fuerza para llevar ligero mis alegrías y mis pesares.

Dame fuerza para que mi amor dé frutos útiles.

Dame fuerza para no renegar nunca del pobre ni doblar mi rodilla al poder del insolente.

Dame fuerza para levantar mi pensamiento sobre la pequeñez cotidiana.

Dame, en fin, fuerza para rendir mi fuerza, enamorado, a tu voluntad.

37

Creí que mi último viaje tocaba ya a su fin, gastado todo mi poder; que mi sendero estaba ya cerrado, que había ya consumido todas mis provisiones, que era el momento de guarecerme en la silenciosa oscuridad.

Pero he visto que tu voluntad no se acaba nunca en mí. Y cuando las palabras viejas caen secas de mi lengua, nuevas melodías estallan en mi corazón; y donde las veredas antiguas se borran, aparece otra tierra maravillosa.

38

¡Te necesito a ti, sólo a ti! Deja que lo repita sin cansarse mi corazón. Los demás deseos que día y noche me embargan, son falsos y vanos hasta sus entrañas.

Como la noche esconde en su oscuridad la súplica de la luz, en la oscuridad de mi inconsciencia resuena este grito: ¡Te necesito a ti, sólo a ti!

Como la tormenta está buscando paz cuando golpea la paz con su poderío, así mi rebelión golpea contra tu amor y grita: ¡Te necesito a ti, sólo a ti!

39

Cuando esté duro mi corazón y reseco, baja a mí como un chubasco de misericordia.

Cuando la gracia de la vida se me haya perdido, ven a mí con un estallido de canciones.

Cuando el tumulto del trabajo levante su ruido en todo, cerrándome el más allá, ven a mí, Señor del silencio, con tu paz y tu sosiego.

Cuando mi pordiosero corazón esté acurrucado cobardemente en un rincón, rompe tú mi puerta, Rey mío, y entre en mí con la ceremonia de un rey.

Cuando el deseo ciegue mi entendimiento con polvo y engaño, ¡vijilante santo, ven con tu trueno y tu resplandor!

40

¡Cuánto tiempo hace que no llueve, Dios mío, en mi seco corazón! El horizonte está ferozmente desnudo; ni el más delgado vapor de la nube más suave, ni el más vago indicio del fresco chubasco más lejano.

¡Manda tu tormenta furibunda, negra y mortífera, si quieres, y sobresalta de parte a parte el cielo con el látigo de tu relámpago!

¡Pero recoge, Señor; llama a ti este calor silencioso que todo lo penetra, quieto y cruel; este calor terrible que quema al corazón su esperanza!

¡Que la nube de gracia descienda y se incline a mí, como la mirada llorosa de la madre el día de la cólera paterna!

41

¿Dónde estás tú, amor mío? ¿Por qué te escondes detrás de todos, en la sombra? ¡Te empujan y te pasan por el camino polvoriento, creyendo que no eres nadie! Yo sé el tiempo que hace que te espero, cansado, con mis ofrendas para ti; y los que van y vienen, me cojen las flores, una a una, y dejan vacío mi canasto.

Pasaron mañana y mediodía. Es el anochecer, y mis ojos están caídos de sueño en la sombra. Los hombres que vuelven a sus hogares me miran sonriendo, y me avergüenzan. Estoy sentada como una muchacha mendiga, con la falda por la cara. Y cuando me preguntan qué quiero, bajo los ojos y callo.

¡Ay!, ¿cómo les voy a decir que te espero a ti, que tú me has prometido que vendrás? ¿Cómo me dejaría decir mi timidez que esta miseria mía es la dote que te guardo? ¡Ay!, ¿cómo aprieta este orgullo contra mí, en el secreto de mi corazón!

Sentada en la yerba, miro al cielo y sueño con el súbito esplendor de tu llegada. Llamean mil antorchas, los gallardetes de oro vuelan sobre tu carroza, y los caminantes miran boquiabiertos cómo descienes de tu asiento y me alzas del polvo, cómo sientas a tu lado a esta mendiguilla andrajosa, que tiembla de orgullo y de vergüenza como una enredadera en la brisa del verano.

Pero pasa el tiempo y no se oyen las ruedas de tu carroza. ¡Cuánta procesión va y viene, palpitante, entre gritos y relumbrones de gloria! ¿Sólo eres tú quien tiene que seguir en la sombra, callado, detrás de todos? ¿Sólo soy yo quien ha de esperar y llorar y gastar, en vano afán, su corazón?

42

En el alba, se murmuró que tú y yo habíamos de embarcarnos solos, y que nadie en el mundo sabría nada de nuestro viaje sin fin y sin objeto.

Pero en un mar sin orillas, ante tu callada sonrisa arrobada, mis canciones henchirían sus melodías, libres como las olas, libres de la esclavitud de las palabras.

¿No es la hora todavía? ¿Aún hay algo que hacer? Mira, el anochecer cae sobre la playa, y en la luz que se apaga, los pájaros del mar vuelven a sus nidos.

¿Cuándo se soltarán las amarras, y la barca, como la última vislumbre del poniente, se desvanecerá en la noche?

43

Fue un día en que yo no te esperaba. Y entraste, sin que yo te lo pidiera, en mi corazón, como un desconocido cualquiera, Rey mío; y pusiste tu sello de eternidad en los instantes fugaces de mi vida.

Y hoy los encuentro por azar, desparramados en el polvo, con tu sello, entre el recuerdo de las alegrías y los pesares de mis anónimos días olvidados.

Tú no desdeñaste mis juegos de niño por el suelo, y los pasos que escuché en mi cuarto de juguetes son los mismos que resuenan ahora de estrella en estrella.

44

Mi alegría es vijilar, esperar junto al camino, donde la sombra va tras la luz, y la lluvia sigue los pasos del verano.

Mensajeros que traen nuevas de cielos desconocidos, me saludan y siguen aprisa por la senda. Mi corazón late contento dentro de mí, y el aliento de la brisa que pasa me es dulce.

Del alba al anochecer estoy sentado en mi puerta. Sé que, cuando menos lo piense, vendrá el feliz instante en que veré.

Mientras, sonrío y canto solo. Mientras, el aire se está llenando del aroma de la promesa.

45

¿No oíste sus pasos silenciosos? Él viene, viene, viene siempre.

En cada instante y en cada edad, todos los días y todas las noches, él viene, viene, viene siempre.

He cantado muchas canciones y de mil maneras; pero siempre decían sus notas: él viene, viene, viene siempre.

En los días fragantes del soleado abril, por la vereda del bosque, él viene, viene, viene siempre.

En la oscura angustia lluviosa de las noches de julio, sobre el carro atronador de las nubes, él viene, viene, viene siempre.

De pena en pena mía, son sus pasos los que oprimen mi corazón, y el dorado roce de sus pies es lo que hace brillar mi alegría.

46

No sé desde qué tiempos distantes estás viniendo a mí. Tu sol y tus estrellas no podrían nunca esconderte de mí para siempre.

¡Cuántas mañanas y cuántas noches he oído tus pasos! ¡Cuántas tu mensajero entró en mi corazón y me llamó en secreto!

Hoy, no sé por qué, mi vida está loca, y una trémula alegría me pasa el corazón.

Es como si hubiese llegado el tiempo de acabar mi trabajo. Y siento en el aire no sé qué vago aroma de tu dulce presencia.

Se me ha pasado la noche esperándolo en vano. Tengo miedo, no vaya a venir, de pronto, con la mañana, a mi puerta, cuando yo me haya quedado dormido de cansancio. ¡Amigos, dejadle franco el camino, no le prohibáis que pase!

Si el rumor de sus pasos no me despertara, os ruego que no vayáis a despertarme. ¡Y ojalá no me despertara tampoco el coro gritón de los pájaros, ni el alborozo del viento en la orjía de la luz del amanecer! ¡No me despertéis, aunque mi Señor venga de pronto a mi puerta!

¡Ay sueño mío, precioso sueño, que sólo espera su roce para desvanecerse! ¡Ay mis ojos cerrados, que se abrirían a la luz de su sonrisa, si él surjiera ante mí, como un sueño, de la oscuridad de mi sueño!

¡Que se aparezca él a mis ojos como la luz primera y la primera forma! ¡Que el primer estremecimiento de alegría le venga a mi alma amanecida de su mirar! ¡Que mi retorno a mí mismo sea volver de pronto a él!

El mañanero mar del silencio se quebró en ondas de cantos de pájaros. Las flores estaban contentas junto al camino. Un tesoro de oro se derramó por entre las rajadas nubes. Pero nosotros seguíamos aprisa nuestro camino, sin hacer caso.

No cantábamos nuestra alegría ni jugábamos; no nos llegamos a la aldea a comprar ni a vender; no hablábamos ni sonreíamos, ni nos parábamos a descansar. Íbamos más de prisa cada vez, con las horas.

Llegó el sol al cénit, y las tórtolas se arrullaron en la sombra; las hojas secas danzaron y volaron en el aire caliente del mediodía; el pastorcillo se adormiló a la sombra del baniano. Y yo me eché, orilla del agua, y estiré mi cuerpo rendido sobre la yerba.

Mis compañeros me insultaron con desprecio y, erguidas las cabezas, sin mirar atrás ni pararse un instante, siguieron afanosos y se perdieron en la brumosa lejanía azul. Cruzaron prados y colinas, pasaron estraños países distantes...

¡Sea tuyo todo el honor, escuadrón heroico del sendero interminable! Tu mofa y tu reproche me tentaron a levantarme; pero yo no respondí; me di por bien perdido en la sima de mi alegre humillación, a la sombra de una vaga felicidad.

La paz de la verde sombra, que el sol recamaba, se tendió lenta sobre mi corazón. Olvidé el porqué de mi viaje y perdí, sin lucha, mi pensamiento en un laberinto de sombras y canciones.

Y cuando salí de mi sueño, mis ojos abiertos te vieron ante mí, anegando mi sueño en tu sonrisa. ¿Cómo había yo pensado que era largo y penoso el camino, que no era necesario luchar tanto para alcanzarte?

Bajaste de tu trono y te viniste a la puerta de mi choza.

Yo estaba solo, cantando en un rincón, y mi música encantó tu oído. Y tú bajaste y te viniste a la puerta de mi choza.

Tú tienes muchos maestros en tu salón, que, a toda hora, te cantan. Pero la sencilla copla injenua de este novato te enamoró; su pobre melodía quejumbrosa, perdida en la gran música del mundo.

Y tú bajaste con el premio de una flor, y te paraste a la puerta de mi choza.

50

Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra diciéndome: «¿Puedes darme alguna cosa?»

¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di.

Pero qué sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárteme todo!

51

Oscureció. Nuestro trabajo estaba cumplido. Creíamos que había llegado ya el último huésped de la noche y que las puertas de la aldea estaban todas cerradas. Alguno dijo que el Rey tenía que venir. Y nos reímos y dijimos: «No puede ser.»

Creímos que habían llamado a la puerta, pero pensamos que sería el viento. Y apagamos las lámparas y nos echamos a dormir. Alguno dijo: «Es el Heraldo del Rey.» Y nos reímos y dijimos: «No; es el viento.»

Se oyó un ruido en la cerrazón de la noche. En nuestro duermevela, nos pareció un trueno lejano. Y tembló la tierra y se mecieron los muros, sobresaltando nuestro sueño. Alguno dijo que era un rodar de ruedas, Y contestamos adormilados: «No; debe de ser el carro de las nubes.»

Aún era de noche cuando sonó el tambor. Y oímos: «¡Despertad pronto!» Temblando de espanto, nos cojíamos el corazón con las manos. Alguno dijo: «¡Mirad la bandera del rey!» Y nos levantamos gritando: «¡No hay tiempo que perder!»

Aquí está el Rey, pero ¿y las antorchas, y las guirnaldas, y el trono para él? ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¿Dónde está el salón? ¿Dónde las colgaduras? Alguno dijo: «¿A qué viene ese lamento? ¡Saludadlo con manos vacías, entradlo en vuestros cuartos desnudos!»

¡Abrid las puertas! ¡Que suenen las caracolas! ¡Ha venido el Rey de nuestra triste cara oscura, en la profundidad de la noche! ¡Truena el cielo, y el relámpago estremece las tinieblas! ¡Saca tu esterilla andrajosa y tiéndela en el patio, que nuestro Rey de la noche horrible ha venido, de pronto, en la tormenta!

Pensé pedirte la guirnalda de rosas de tu cuello, pero no me atreví. Y esperé a la mañana, y cuando te fuiste, cojí algunos pedacillos de flores de tu lecho. Y como una mendiga, buscaba por la aurora alguna hojita perdida.

¡Ay! Y ¿qué he encontrado? ¿Qué me queda de tu amor? ¡Ni flor, ni especias, ni frasco de perfume, sino tu espada terrible, destellante como una llama, pesada como el rayo!

La luz nueva de la mañana entra por la ventana y se tiende en tu lecho. El pájaro primero me pregunta piando: «¿Qué encontraste, mujer?» ¡No, no es flor, ni especias, ni redoma de perfume, sino tu espada terrible!

Me siento a meditar, maravillada, en esta dádiva tuya. No sé dónde esconderla. Me da vergüenza ponérmela, tan débil como soy. Me duele cuando la aprieto contra mi pecho. Sin embargo, llevaré esta dádiva tuya, esta carga de dolor, en mi corazón.

Nada temeré en el mundo ya, y tú serás victorioso en todas mis luchas. Tú me has dado por compañera a la muerte, y yo la coronaré con mi vida. ¡Aquí tengo tu espada para cortar mis ataduras! ¡Nada temeré ya en el mundo!

¡Lejos de mí, desde hoy, los adornos vanos! ¡Señor de mi corazón, ya no lloraré, ni desesperaré más por los rincones; ya no seré nunca más tímida ni mimosa! ¡Me has dado, para adornarme, tu espada! ¡Lejos de mí los adornos de muñeca!

¡Qué bella es tu pulsera encendida de estrellas, incrustada májicamente con joyas de mil colores; pero cuánto más bella es tu espada con su curva de relámpago, como las alas abiertas del pájaro divino de Visnu, cuando se tiene tranquilo en la irritada luz roja del ocaso!

Se estremece como la última respuesta solitaria de la vida estática de dolor, al golpe decisivo de la muerte. Brilla igual que la pura llama de la vida, cuando abrasa la impureza diaria en un destello furibundo.

¡Qué bella es tu pulsera encendida de estrellas! Pero tu espada, Señor del trueno, está forjada con belleza definitiva, ¡y es terrible a los ojos y al pensamiento!

Nada te pedí; ni siquiera te dije mi nombre al oído. Y cuando te despediste, me quedé silenciosa.

Yo estaba sola junto al pozo, donde caía la sombra oblicua del árbol. Las mujeres se volvían a sus casas con sus cántaros morenos de barro rebosantes, y me gritaron: «¡Vente, que va a ser mediodía!» Pero yo me retardaba lánguidamente, perdida en vanos pensamientos.

No oí tus pasos cuando venías. Cuando me miraste, tenías tristes los ojos; y con qué fatigada voz me dijiste bajo: «¡Ay, qué sed tiene el pobre caminante!» Desperté sobresaltada de mis ensueños, y eché agua de mi cántaro en tus palmas juntas... Las hojas se rozaban sobre nuestras cabezas, el cuco cantaba desde la sombra invisible, y de la

revuelta del camino venía el perfume de las flores del babla.

Cuando me preguntaste mi nombre, ¡me dio una vergüenza! Verdaderamente, ¿qué había yo hecho para merecer tu recuerdo? Pero el recordar que yo pudiera quitarte tu sed con mi agua se me ha quedado cojido al corazón, y lo envolverá para siempre de su dulzura.

Ya pasó la mañana, el pájaro canta monótono, las hojas del nima murmuran más arriba. Y yo, sentada, pienso, pienso...

55

Aún está lánguido tu corazón, aún se te cierran los ojos de sueño.

¿No sabes que la flor está reinando, esplendorosa, entre espinas? ¡Despierta, despierta! ¡No dejes pasar el tiempo en vano!

Allá al fin del sendero guijarroso, en una solitaria tierra virgen, mi amigo está sentado solitario. ¡No lo engañes esperándote! ¡Despierta, despierta!

¿Qué si el cielo jadea y palpita en la brasa del mediodía? ¿Qué si la arena hirviente tiende su manto sediento?

¿No sientes alegría en la profundidad de tu corazón? ¿No se abrirá el arpa del camino, a cada paso tuyo, en suave música de dolor?

56

¡Qué plenitud la de tu alegría en mí! ¡Qué descendimiento a mí el tuyo! Señor de todos los cielos, si yo no esistiera, ¿qué sería de tu amor?

Tú me tienes como compañero de tu tesoro; tus alegrías están jugando sin parar en mi corazón, y tu voluntad está siempre recreándose en mi vida.

Por eso tú, Rey de reyes, te has adornado tan hermosamente, enamorado de mi corazón. Por eso te pierdes de amor en el amor de tu amante. Y allí eres visto, en la perfecta unión de los dos.

57

¡Luz, luz mía, luz que llenas el mundo, luz que besas los ojos, que hace dulce el corazón!

¡Ay, cómo salta la luz, amor mío, en medio de mi vida! ¡Cómo hiere, amor mío, las cuerdas de mi amor! El cielo se abre, y corre loco el viento, y la risa se desboca por toda la tierra.

Las mariposas tienden sus velas por el mar de luz, y sobre la cresta de las olas de luz, abren lirios y jazmines.

La luz se derrite en oro en cada nube, amor mío, y luego se derrama en pedrerías sin fin.

Un alborozo nuevo va de hoja en hoja, amor mío, un gozo sin límites. ¡El río del cielo ha roto sus riberas, y todo brilla, inmensamente inundado de alegría!

58

¡Que todas las alegrías se unan en mi última canción: la alegría que hace desbordarse a la tierra en el exceso desenfrenado de la yerba; la alegría que echa a bailar vida y muerte, hermanas gemelas, por el vasto mundo; la alegría que la tempestad barre adentro, despertando y sacudiéndolo todo con su carcajada; la alegría que se sienta, en paz con sus lágrimas, en el abierto loto rojo del dolor; la alegría que tira cuanto tiene; la alegría que lo ignora todo!

59

Sí, ya sé, amado de mi corazón, que todo esto, esta luz de oro que salta por las hojas, estas nubes ociosas que navegan por el cielo, esta brisa pasajera que me va refrescando la frente; ya sé que todo esto no es más que tu amor.

Esta luz de la mañana, que me inunda los ojos, no es sino tu mensaje a mi alma. Tu rostro se inclina a mí desde su cénit, tus ojos miran abajo, a mis ojos, y tus pies están sobre mi corazón.

60

En las playas de todos los mundos, se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua, impaciente, se alborota. En las playas de todos los mundos, los niños se reúnen, gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas vacías. Su barco es una hoja seca que botan, sonriendo, en la vasta profundidad. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar, no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge por ellas, y el mercader navega en sus navíos, los niños cojen piedrecillas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ocultos, ni saben echar la red.

El mar se alza, en una carcajada, y brilla pálida la playa sonriente. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera a su hijo en la cuna. El mar juega con los niños, y, pálida, luce la sonrisa de la playa.

En las playas de todos los mundos, se reúnen los niños. Rueda la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte, y los niños juegan. En las playas de todos los mundos, se reúnen, en una gran fiesta, todos los niños.

61

¿Sabe alguien de dónde viene el sueño que pasa, volando, por los ojos del niño? Sí. Dicen que mora en la aldea de las hadas; que por la sombra de una floresta vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien de dónde viene la sonrisa que revuela por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que, en el ensueño de una mañana de otoño, fresca de rocío, el pálido rayo primero de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo la sonrisa que

vaga en los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carnicitas del niño? Sí. Cuando la madre era joven, empapaba su corazón de un tierno y misterioso silencio de amor, la dulce y suave frescura que ha florecido en las carnicitas del niño.

62

Hijo mío, cuando te traigo juguetes de colores, comprendo por qué hay tantos matices en las nubes y en el agua, y por qué están pintadas las flores tan variadamente..., cuando te doy juguetes de colores, hijo mío.

Cuando te canto para que tú bailes, adivino por qué hay música en las hojas, y por qué entran los coros de voces de las olas hasta el corazón absorto de la tierra..., cuando te canto para que tú bailes.

Cuando colmo de dulces tus ávidas manos, entiendo por qué hay mieles en el cáliz de la flor, y por qué los frutos se cargan, secretamente, de ricos jugos..., cuando colmo de dulces tan ávidas manos.

Cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír, sé bien cuál es la alegría que mana del cielo en la luz del amanecer, y el deleite que traen a mi cuerpo las brisas del verano... cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír.

63

Tú me has traído amigos que no me conocían. Tú me has hecho sitio en casas que me eran estrañas. Tú me has acercado lo distante y me has hermanado con lo desconocido.

Mi corazón se me inquieta si tengo que dejar mi albergue acostumbrado. Olvido que lo antiguo está en lo nuevo, que en lo nuevo vives también tú.

En el nacimiento y en la muerte, en este mundo o en otro, en cualquier sitio donde tú me lleves, tú eres tú mismo, el único compañero de mi vida infinita, tú, que estás atando siempre mi corazón, con lazos de alegría, a lo ignorado.

Pero cuando se te conoce, nadie es extranjero, ninguna puerta está cerrada. ¡Señor, concédeme esto que te pido: que yo no pierda nunca la felicidad de encontrar lo único en este juego de lo diverso!

64

Por la ladera del río desolado, entre las yerbas altas, le pregunté: «Muchacha, ¿adónde vas con tu lámpara bajo el manto? Mi casa está oscura y sola. ¡Préstame tu luz!» Levantó sus ojos un instante, me miró el rostro en la penumbra, y dijo: «He venido al río a echar mi lámpara en la corriente, ahora que muere en ocaso la luz del día.» Y entre las altas yerbas me quedé mirando, solitario, cómo la lucecilla de la lámpara se iba inútilmente en la marea.

En el silencio de la noche que se echaba encima, le pregunté: «Tus luces están todas encendidas, muchacha. ¿Adónde vas con tu lámpara? Mi casa está oscura y sola. ¡Préstame tu luz!» Levantó sus ojos oscuros a mi cara, y estuvo dudosa un momento: «He venido —

dijo al fin— a ofrecer mi lámpara al cielo.» Yo me quedé mirando la lucecilla, que temblaba inútilmente en el vacío.

En la negrura sin luna de la medianoche, le pregunté: «Muchacha, ¿qué buscas, si tienes la lámpara junto a tu corazón? Mi casa está oscura y sola. ¡Préstame tu luz!» Se paró un momento, pensándolo, y me miró fijamente en la oscuridad. «He traído mi luz —dijo— para el Carnaval de las lámparas»<sup>[4]</sup>. Yo me quedé mirando cómo su lucecilla se perdía inútilmente entre las luces.

65

¿Qué divina bebida quieres tú, Dios mío, de esta rebosante copa de mi vida?

Poeta mío, ¿te encanta ver la creación con mis ojos; oír, silencioso, en los umbrales de mis oídos, tu propia armonía eterna?

Tu mundo teje palabras en mi pensamiento, y tu alegría las hace más melodiosas. Te me das, enamorado, y luego sientes toda tu propia dulzura en mí.

66

La que, en un crepúsculo de destellos y vislumbres, vivió siempre en el fondo de mi corazón; la que nunca abrió sus velos en la luz de la mañana, irá a ti, Dios mío, en mi última canción, como mi ofrenda última.

La cortejaron las palabras, pero no pudieron hacerla suya; y en vano la persuasión le ha tendido sus brazos vehementes.

He vagado por todos los países, con ella en el alma de mi corazón; y mi vida, a su alrededor, se ha levantado y se ha caído, grande y débil.

Reinó sobre mis pensamientos y mis actos, sobre mis sueños y mis ensueños, y, sin embargo, vivió sola y aparte.

Los hombres que llamaron a mi puerta, preguntando por ella, se fueron desesperados.

Nadie en el mundo la pudo nunca mirar frente a frente; y espera, en soledad, tu reconocimiento.

67

Eres, a un tiempo, el cielo y el nido.

Hermoso mío, aquí en el nido, tu amor aprisiona el alma con colores, colores y músicas.

¡Cómo viene la mañana, con su cesta de oro en la diestra, donde trae la guirnalda de la hermosura, para coronar, en silencio, la tierra!

¡Cómo viene el anochecer por las veredas no pisadas de los prados solitarios, que ya abandonaron los rebaños! Trae, en su jarra de oro, la fresca bebida de la paz, cojida en el mar occidental del descanso.

Pero donde el cielo infinito se abre, para que lo vuele el alma, reina la blanca claridad inmaculada. ¡Allí no hay día ni noche, ni forma, ni color, ni nunca, nunca una palabra!

68

Tu rayo de sol viene, con los brazos abiertos, a esta tierra mía, y se pasa el día en mi puerta. Luego, a la vuelta, te lleva a tus pies nubes hechas de mis lágrimas, de mis suspiros y de mis canciones.

Enamorado y alegre, tú rodeas tu pecho estrellado con ese manto de nubes de niebla, y lo pliegas innumerablemente, y lo pintas de colores infinitos.

Es tan ligero, tan suave, tan tiernamente lloroso, tan oscuro, que tú, sereno y sin mancha, lo amas. Así puedes velar tu terrible resplandor blanco con sus patéticas sombras.

69

El mismo caudal de vida que corre, día y noche, por mis venas, corre por el mundo y danza en compás rítmico.

Es la misma vida que salta de gozo por el polvo de la tierra, en innumerables briznas de yerba, que irrumpe en tumultuosas olas de hojas y de flores.

Es la misma vida que la cuna del mar mece, creciendo y bajando, del nacimiento a la muerte.

Y siento que mi cuerpo se glorifica al contacto de este universo de vida; y me lleno de orgullo, porque el latido de la vida de todos los siglos danza en este instante en mi sangre.

70

¿No es tuyo el alegrarte con el gozo de este ritmo, él ser mecido, perdido, destrozado en el torbellino de esta terrible alegría?

Todas las cosas se precipitan incansables, sin volver los ojos; no hay nada que pueda sujetarlas; todas las cosas se precipitan.

Al compás de esa rápida música voluble, las estaciones vienen danzando y se van; y colores, armonías y perfumes se derraman, en cascada infinita, sobre esta alegría sin fin, que se abre, y se entrega, y muere a cada instante.

71

Tu maya es que yo sea cuanto pueda ser, que eche, en mil vueltas, mil sombras de colores sobre tu resplandor.

Pones una valla a tu propio ser, y luego llamas, con voces infinitas, a tu ser separado. Y esta parte de ti mismo es la que ha encarnado en mí.

Tu canción penetrante va resonando por todo el cielo en lágrimas multicolores y en sonrisas, en sustos y esperanzas. Se levantan olas y vuelven a hundirse, se quiebran los sueños y se completan. Yo soy la propia derrota de tu ser.

La cortina que tú has echado está pintada con figuras innumerables, por el pincel del día y de la noche. Tras ella tienes tu asiento, tejido en un maravilloso misterio de curvas, sin una sola estéril línea recta.

La gran comitiva de nosotros dos llena el cielo. Todo el aire está vibrando con

nuestra melodía, y las edades pasan todas en este jugar al escondite de nosotros dos.

72

Es él, mi más íntimo él, quien despierta mi vida con sus profundas llamadas secretas.

Él, quien pone este encanto en mis ojos; quien pulsa, alegremente, las cuerdas de mi corazón en su múltiple armonía de placer y de pesar.

Él, quien teje la tela de esta maya con matices tornasoles de oro y plata, azul y verde; quien asoma por sus pliegues los pies, cuyo contacto me enajena.

Los días pasan, mueren los años, y él sigue moviendo mi corazón con mil nombres, con mil disfraces, en innumerables transportes de placer y de pesar,

73

La libertad no está para mí en la renunciación. Yo siento su abrazo en infinitos lazos deleitables.

Siempre estás tú escanciándome, llenándome este vaso de barro, hasta arriba, con el fresco brebaje de tu vino multicolor, de mil aromas.

Mi mundo encenderá sus cien distintas lámparas en tu fuego, y las pondrá ante el altar de tu templo.

No; nunca cerraré las puertas de mis sentidos. Los deleites de mi vista, de mi oído y de mi tacto soportarán tu deleite.

Todas mis ilusiones arderán en fiesta de alegría, y todos mis deseos madurarán en frutos de amor.

74

Ha muerto el día, y la sombra anega la tierra. Voy al río, que ya es la hora, a llenar mi jarra.

El aire oscuro está afanoso con la música triste del agua, que me está diciendo que vaya, en el crepúsculo. Nadie pasa por el callejón solitario. Se levanta el viento, y las olas tiemblan y se encabritan en el río.

No sé si volveré. No sé con quién me voy a encontrar. En el vado, el hombre desconocido toca, en su barquilla, su laúd.

75

Los regalos que me das colman nuestras necesidades, y, sin embargo, vuelven a ti sin perder nada.

El río cumple su trabajo cotidiano, corriendo entre campos y aldeas; pero su corriente incesante serpentea hacia ti para lavarte los pies.

La flor endulza el aire con su aroma; pero su último servicio es ofrecerse a ti.

Tu culto no empobrece en nada al mundo.

Las palabras del poeta dan a cada hombre el sentido que ellos quieren; pero su

sentido definitivo va hacia ti.

76

Día tras día, Señor de mi vida, ¿te podré yo mirar frente a frente? Juntas mis manos, ¿te miraré frente a frente, Señor de todos los mundos?

Bajo tu cielo inmenso, en silencio y soledad, con humilde corazón, ¿te miraré frente a frente?

En este trabajoso mundo tuyo, hirviente de luchas y fatigas, entre las presurosas muchedumbres, ¿te miraré frente a frente?

Cuando mi obra haya sido cumplida en este mundo, Rey de reyes, solo ya y silencioso, ¿te miraré frente a frente?

77

Te reconozco como mi Dios, y me estoy aparte. No te reconozco como mío, y me acerco a Ti. Te miro como padre, y me inclino ante tus pies. No cojo tu mano como la de un amigo.

Yo no estoy allí donde tú descienes y te llamas mío; no voy a abrazarte contra mi corazón, a tratarte como compañero.

Eres mi Hermano entre mis hermanos; pero a ellos no les atiende ni divido con ellos mi ganancia, sino que comparto mi todo contigo.

Ni en el placer ni el dolor estoy con los hombres, sino contigo sólo. Soy tímido para dar mi vida, y así no me echo en las grandes aguas de la vida.

78

Cuando la creación era nueva, y todas las estrellas brillaban en su esplendor primero, los dioses celebraron asamblea en el cielo, y cantaron: «¡Alegría pura, imagen de la perfección!»

Pero uno gritó de pronto: «Parece que la cadena de luz tiene en alguna parte una sombra, que se ha perdido una estrella.»

Estalló la cuerda de oro de sus arpas, y, dejando la canción, clamaron todos, desolados: «¡Sí; y la estrella perdida es la mejor, la gloria de los cielos!»

Desde entonces, la buscan sin parar, gritando que el mundo ha perdido con ella su única alegría.

Y en el profundo silencio de la noche, las estrellas se suspiran sonriendo: «¡Qué vana busca! ¡La perfección inquebrantable está en todo!»

79

Si no es mío encontrarte en esta vida, sienta yo siempre, al menos, que me ha faltado el verte. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Mientras pasan mis días en el mercado bullicioso de este mundo, mientras se van

llenando mis manos con la ganancia cotidiana, sienta yo siempre que no he ganado nada. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Cuando me siento en el camino, rendido y anhelante, cuando me echo a dormir en el polvo, sienta yo siempre que aún tengo que hacer el largo viaje. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

Cuando está mi casa adornada, y suenan las flautas y los risotones, sienta yo siempre que no te he invitado a ti. No me dejes olvidarlo un solo instante; no me quites de mis sueños las punzadas de esta pena, ni de mis horas despiertas.

80

Soy como un jirón de una nube de otoño, que vaga inútilmente por el cielo. ¡Sol mío, glorioso eternamente; aún tu rayo no me ha evaporado, aún no me has hecho uno con tu luz! Y paso mis meses y mis años alejado de ti.

Si éste es tu deseo y tu diversión, ten mi vanidad veleidosa, píntala de colores, dórala de oro, échala sobre el caprichoso viento, tiéndela en cambiadas maravillas.

Y cuando te guste dejar tu juego, con la noche, me derretiré, me desvaneceré en la oscuridad; o quizá, en una sonrisa de la mañana blanca, en una frescura de pureza transparente.

81

¡Cuántos días ociosos he sentido pena por el tiempo perdido! Pero ¿ha sido perdido alguna vez, Señor? ¿No has tenido tú mi vida, cada instante, en tus manos?

Escondido en el corazón de las cosas, tú nutres las semillas y las tornas en brotes, y los capullos en flores, y las flores en frutos.

Estaba yo dormitando, rendido, en mi lecho ocioso, y pensaba que no hacía cosa alguna. Cuando desperté, en la mañana, vi mi jardín lleno de flores maravillosas.

82

El tiempo es infinito en tus manos, Dios mío. ¿Quién podrá contar tus minutos?

Pasan días y noches, se abren los años y luego se mustian, como flores. Tú sabes esperar.

Tus siglos vienen, uno tras otro, perfeccionando la florecilla del campo.

Pero nosotros no podemos perder nuestro tiempo, y tenemos que echarnos de cabeza a nuestras ocasiones. ¡Somos demasiado pobres para llegar tarde!

Y así, el tiempo se va mientras yo se lo estoy dando a los otros que, irritados, lo reclaman. Y así tu altar está sin una sola ofrenda.

Por la tarde, me apresuro temeroso, no vaya a estar cerrado tu portal. Pero siempre llego a tiempo.

83

Madre, yo te haré una cadena de perlas para tu garganta, con las lágrimas de mi dolor.

Las estrellas forjaron con luz las ajorcas de tus pies; pero mi cadena va a ser para tu pecho.

Riqueza y nombradía vienen de ti, y tú puedes darlas o no a tu gusto. Pero mi dolor es sólo mío, y cuando te lo ofrezco, tú me pagas con tu gracia.

84

La espina de la separación pasa el mundo y hace nacer formas innumerables en el cielo infinito.

Su pena es quien mira en silencio las estrellas de la noche, quien se pone lírica, con las rumorosas hojas, en la sombra lluviosa de julio.

Su dolor es el que se echa sobre todas las cosas, el que se sume en el amor y en el afán, en el martirio y en la alegría de los hogares humanos; el que fluye, derretido en canciones, de mi corazón de poeta.

85

Cuando los guerreros salieron del cuartel de su señor, ¿dónde habían escondido su poder, dónde habían dejado sus armaduras y sus armas?

Iban pobres y desvalidos, y las flechas cayeron sobre ellos como chaparrones, el día que salieron del cuartel de su señor.

Cuando los guerreros volvieron al cuartel de su señor, ¿dónde habían escondido su poder?

Habían dejado la espada, el arco y la flecha. Traían la paz en las frentes, y los frutos de su vida se habían quedado tras ellos, el día que volvieron al cuartel de su señor.

86

La Muerte, tu esclava, está a mi puerta. Ha cruzado el mar desconocido y llama, en tu nombre, a mi casa.

Está oscura la noche y tiene miedo mi corazón. Pero yo cojeré mi lámpara, abriré mi puerta, y le daré, rendido, la bienvenida; porque es mensajera tuya la que está a mi puerta.

La adoraré, llorando, con las manos juntas. La adoraré echando a sus pies el tesoro de mi corazón.

Y ella se volverá, cumplido su mandato, dejando su sombra negra en mi mañana. Y en mi casa desolada quedará yo, solo y mustio, como mi última ofrenda a ti.

87

Desesperado, la busco por todos los rincones de mi cuarto, pero no la encuentro.

Mi casa es pequeña, y lo que una vez se ha ido de ella, no vuelve a encontrarse. Pero tu casa, Señor, es infinita. Y buscándola he llegado a tu puerta.

Mírame bajo el dosel dorado del cielo de tu anochecer, mírame cómo levanto mis ojos ansiosos a tu cara.

He venido a la playa de la eternidad donde nada se pierde, ninguna esperanza, ninguna felicidad, ninguna visión de rostros vistos a través de las lágrimas.

¡Ahoga mi vida vacía en ese mar! ¡Húndela en la más profunda plenitud! ¡Haz que sienta, una vez sola, la dulce caricia perdida en la totalidad del universo!

88

¡Divinidad del templo en ruinas! Ya no cantan tu alabanza las cuerdas rotas del Vina. Las campanas del anochecer no claman ya la hora de tu oración. A tu alrededor, el aire está quieto y callado.

La brisa vagabunda de la primavera llega a tu desolación, y te cuenta de las flores, de las flores que ya nadie viene, en adoración, a ofrecerte.

El que creyó en ti otro tiempo, vaga esperando el favor no concedido todavía. Y en el anochecer, cuando luces y sombras se mezclan en la polvorienta oscuridad, él vuelve, jadeante, al templo arruinado, con hambre en el corazón.

¡Cuántos días de fiesta vienen callados a ti, Divinidad del templo en ruinas! ¡Cuántas noches de ofrendas se van, sin que nadie encienda tus lámparas!

Los artífices hacen imágenes nuevas, que se lleva la corriente del olvido cuando llega la hora. ¡Sólo tú, Divinidad del templo en ruinas, sigues sin culto, en abandono inmortal!

89

Callen mis palabras bulliciosas, callen mis gritos, que así lo quiere mi Señor. Desde hoy, hablaré en susurro y una suave melodía llevará la palabra de mi corazón.

Todos van, presurosos, al mercado del Rey. Allí están ya los tratantes. Pero yo tengo mi descanso inoportuno en lo mejor del día, cuando es mayor el trabajo.

¡Que broten, pues, las flores de mi jardín a destiempo, que las abejas del mediodía vengan a zumbear perezosas!

¡Qué de horas perdidas en esta lucha del bien y del mal! Pero mi compañero de juego de los días ociosos se deleita ahora cojiéndome el corazón; y no sé qué es esta llamada repentina, ni por qué inútil volubilidad.

90

¿Qué ofrecerás a la muerte el día que llame a tu puerta?

—Le tenderé el cáliz de mi vida, lleno del dulce mosto de mis días de otoño y de mis noches de verano.

¡No se irá con las manos vacías! Todas las cosechas y todas las ganancias de mi afán, se las daré, el último día, cuando ella llame a mi puerta.

91

¡Muerte, último cumplimiento de la vida, Muerte mía, ven, y hablame bajo!  
Día tras día, he velado esperándote, y por ti he sufrido la alegría y el martirio de la vida.

Cuanto soy, tengo y espero, cuanto amo, ha corrido siempre hacia ti, en un profundo misterio. Mírame una vez más, y mi vida será tuya para siempre.

Las flores están ya enlazadas, y lista la guirnalda para el esposo. Será la boda, y dejará la novia su casa, y, sola en la noche solitaria, encontrará a su Señor.

92

Sé que vendrá un día en que no veré más esta tierra. La vida se despedirá de mí en silencio, y me echará la última cortina sobre los ojos.

Pero las estrellas velarán por la noche, y se alzarán la mañana como antes, y las horas se henchirán, como las olas de la mar, levantando dolores y placeres.

Cuando pienso en este último momento, se cae la valla de los instantes, y veo, a la luz de la muerte, tu mundo, con sus tesoros indolentes. Inapreciable es el más pobre de sus asientos, inapreciable la más pequeña de sus vidas.

¡Váyanse enhorabuena las cosas que anhelé en vano, las cosas que fueron mías; y que sólo posea yo de veras lo que nunca quisieron ver mis ojos, lo que siempre desprecié!

93

Me han llamado. ¡Decidme adiós, hermanos míos! ¡Adiós, me voy!

Aquí os dejo la llave de mi puerta; renuncio a todo derecho sobre mi casa. Sólo os pido buenas palabras de despedida.

Vivimos mucho tiempo juntos, recibí más de lo que pude dar. Y ahora es de día, y la lámpara que iluminó mi rincón oscuro se ha apagado. Me llaman y estoy dispuesto para mi viaje.

94

Ya me voy. ¡Deseadme buena suerte, amigos míos! La aurora sonroja el cielo, y mi camino parece hermoso.

Me preguntáis qué me llevo. Mis manos vacías y mi corazón lleno de esperanza.

Me pondré sólo mi guirnalda nupcial, porque el vestido pardo del peregrino no es mío; y aunque el camino sea peligroso, va sin temor mi pensamiento.

Cuando mi viaje llegue a su fin, saldrá la estrella de la tarde, y las melancólicas armonías del crepúsculo se abrirán tras el pórtico del Rey.

95

Pasé, sin darme cuenta, el umbral de esta vida.

¿Qué poder fue el que me hizo abrir en este inmenso misterio, como un capullo, a medianoche, en el bosque?

Cuando, a la mañana, vi la luz, sentí al punto que yo no era un estraño en este

mundo, que lo desconocido sin nombre ni forma me había tenido en brazos, en la forma de mi madre.

De igual manera, al salir a la muerte, esto mismo desconocido me parecerá familiar. Y como amo tanto esta vida, sé que amaré lo mismo la muerte.

El niño, cuando su madre le quita el seno derecho, se echa a llorar; pero al punto encuentra en el izquierdo su consuelo.

96

Cuando me vaya, sea ésta mi palabra última: que lo que he visto no puede ser mejor. Gusté la miel oculta de este loto que se abre en el océano de la luz, y así fui bendito. Sea ésta mi última palabra.

He jugado en esta casa de juguetes de formas infinitas; y vislumbré, jugando, a aquel que no tiene forma.

Mi cuerpo entero ha vibrado al contacto de aquel que es intangible. Si aquí debe ser el fin, sea. Esta es mi última palabra.

97

Cuando yo jugaba contigo, nunca te pregunté quién eras. Yo no conocía timidez ni miedo. Mi vida era vehemente.

Al amanecer, me llamabas tú de mi sueño, como un hermano, y me llevabas corriendo de selva en selva.

Nada me importaba, entonces, el sentido de las canciones que me cantabas. Mi voz sólo recojía la tonada, y a su compás bailaba mi corazón.

Hoy, que ya no es tiempo de jugar, ¿qué repentina visión es esta que se me aparece? El mundo está mirándote a los pies, sobrecojido, temblando con todas sus estrellas silenciosas.

98

Te adornaré con los trofeos y las guirnaldas de mi derrota. No es mío el escapar vencedor.

Sé bien que se estrellará mi orgullo, que mi vida romperá sus cadenas, de tanto dolor, que mi corazón vacío sollozará fuera, melodioso como una caña hueca, que la piedra se derretirá en lágrimas.

Sé bien que no quedarán siempre cerradas las cien hojas de un loto, que será descubierto el secreto escondite de su miel.

Desde el cielo azul, un ojo me verá y me llamará en silencio. Nada quedará de mí, nada, y recibiré a tus pies la muerte completa.

99

Cuando yo tenga que dejar el timón sabré que habrá llegado la hora de que lo cojas tú. Lo que hay que hacer será hecho al punto. ¿A qué esta lucha?

¡Pues quita ya las manos, corazón mío, y acepta calladamente tu derrota; considera qué suerte la tuya de quedarte tan bien, donde estás tan tranquilo!

Por encender mis lámparas, que apaga cada vientecillo, me olvido, una vez y otra, de todo lo demás.

Pero ya voy a hacer lo que debo, y esperaré, a oscuras, en mi estera tendida en el suelo; y cuando tú quieras, Señor, ven callado, y siéntate conmigo.

100

Desciendo a las profundidades del mar de las formas, en busca de la perla perfecta de lo que no la tiene.

No más este navegar, de puerto en puerto, con mi barco viejo de naufragios. Ya se fueron los días en que era mi gozo ser juguete de las olas.

Y ahora tengo ansia de morir en lo inmortal.

Llevaré el arpa de mi vida al tribunal que está junto al abismo sin fin de donde sube la música no tocada.

Y acordaré mi música con la música de lo eterno, y cuando haya cantado su sollozo último, pondré mi arpa muda a los pies de lo callado.

101

Toda mi vida te busqué con mis canciones. Ellas me llevaron de puerta en puerta, y con ellas tanteé a mi alrededor, buscando, buscando mi mundo.

Lo que he aprendido en mi vida, ellas me lo enseñaron; me abrieron sendas secretas, encendieron a mis ojos todas las estrellas que hay sobre el horizonte de mi corazón.

Mis canciones me guiaron, cada día, a los misterios del placer y del dolor. Y ahora, ¿a qué portal de qué palacio me han traído, en este anochecer en que acaba mi camino?

102

Me jacté ante los hombres de haberte conocido, y en todas mis obras ven tu retrato. Vienen y me preguntan: «¿Quién es?» No sé qué responder, y digo: «La verdad es que no lo sé.» Se burlan de mí y se van desdeñosos. Y tú sigues sentado allí, sonriendo.

He hablado de ti en canciones perdurables, cuyo secreto brota mi corazón. Vienen y me preguntan: «¿Qué quiere decir todo eso?» No sé qué responderles, y digo: «¡Ay, quién sabe lo que quiere decir!» Y se ríen de mí y se van despreciándome. Y tú sigues sentado allí, sonriendo.

103

Permite, Dios mío, que mis sentidos se dilaten sin fin, en una salutación a Ti, y toquen este mundo a tus pies.

Como una nube baja de julio, cargada de chubascos, permite que mi entendimiento se postre a tu puerta, en una salutación a Ti.

Que todas mis canciones unan su acento diverso en una sola corriente, y se

derramen en el mar del silencio, en una salutación a Ti.

Como una bandada de cigüeñas que vuelan, día y noche, nostálgicas de sus nidos de la montaña, permite, Dios mío, que toda mi vida emprenda su vuelo a su hogar eterno, en una salutación a Ti.

## FIN DE «OFRENDA LÍRICA»

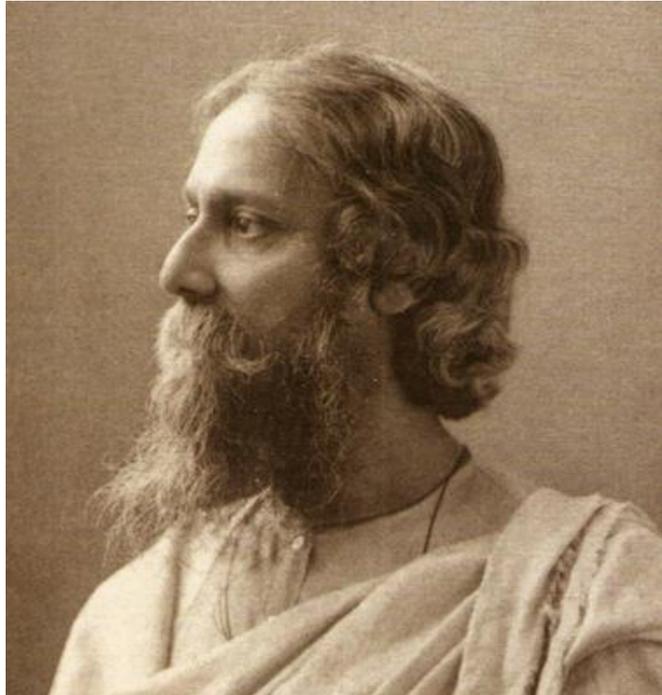
### Notas

<sup>[1]</sup> Zenobia y Juan Ramón Jiménez obtuvieron la autorización exclusiva de Rabindranaz Tagore para traducir sus obras al español y publicarlas o representarlas en España y la América española. <<

<sup>[2]</sup> NOTA DE LA EDICIÓN INGLESA: Estas versiones de EL JARDINERO no son literales; unos poemas están abreviados, y otros son sólo paráfrasis. (R. T.) <<

<sup>[3]</sup> (NOTA DE LA EDICIÓN INGLESA: Este libro está compuesto con poemas entresacados de tres libros —NAIVÉDYA, KHEYÁ y GITÁNJALI—, y con otros que sólo se habían publicado en periódicos.) <<

<sup>[4]</sup> (Fiesta popular, dice André Gide en su traducción de *Gitánjali*.—En el original inglés, nada pone.) <<



**RABINDRANATH TAGORE** (Calcuta, India, 1861 - Ibíd., 1941). Poeta y filósofo indio, premio Nobel, que contribuyó a estrechar el entendimiento mutuo entre las civilizaciones occidental e india.

Su nombre en bengalí es Ravindranatha Thakura y nació en Calcuta en el seno de una familia acomodada, hijo del filósofo Debendranath Tagore. Empezó a escribir poesía de niño y publicó su primer libro a los 17 años. Después de una breve estancia en Inglaterra (1878), donde estudió Derecho, volvió a la India para pronto convertirse en el autor más importante y famoso de la época colonial. Escribió poesía, cuentos, novelas y obras de teatro, y además compuso centenares de canciones populares. En 1929 empezó también a pintar.

Internacionalista decidido y educador, en 1901 fundó en su propiedad bengalí la escuela Santiniketan, para la enseñanza de una mezcla de filosofías orientales y occidentales, que en 1921 se convertiría en la Universidad Internacional Visva-Bharati. También viajó y dio conferencias por todo el mundo.

Tagore escribió en lengua bengalí. Su obra, muy imaginativa y profundamente religiosa, está impregnada por su amor a la naturaleza y a su tierra. En 1913 se convirtió en el primer no europeo en recibir el Premio Nobel de Literatura y en 1915 el rey Jorge V le nombró caballero, título al que renunció tras la matanza de Amritsar en 1919, cuando las tropas británicas mataron a 400 manifestantes indios.